

LOS VIOLADORES

Burton Hare



SOLO MAYORES DE **18** AÑOS

BURTON HARE

Los violadores

Colección PUNTO ROJO nº 889. Bruguera – may/1979

CAPÍTULO PRIMERO

La muchacha rió antes de sumergirse. Mike vio el burbujeo del agua y maldiciendo entre dientes se zambulló en las tinieblas del mar, en busca de aquella suerte de sirena loca que había ideado esa clase de juego enervante.

La atrapó por un pie. La luz de la luna no llegaba a aquella profundidad, de modo que sólo podía guiarse por el tacto.

Este le delató un pierna larga, delicadamente torneada, y un muslo duro como las rocas, y el delicado tacto del pubis en el instante en que ella se escabulló en busca de aire.

Mike Sanger pataleó con furia y emergió al lado de la hermosa y juguetona muchacha. Resopló antes de gruñir:

—¿Qué demonios te ha dado?

—Está deliciosa —dijo ella.

—¿Qué?

—El agua. Y tus manos.

—Si te sumerges otra vez, juro que te sujeto bajo la superficie hasta que te ahogues.

—Un policía no puede hacer eso.

—Pero un sargento sí.

Alargó las manazas y la atrapó por la cintura. Los dos se sostenían flotando con la cabeza fuera del agua. Él la atrajo con fuerza y al fin pudo atraparle los labios con su boca ávida.

La noche era cálida, después de un día en que el sol había ardido como lava al rojo. A pesar de lo tardío de la hora, en la playa, lejos, se distinguían aún algunos bañistas que se resistían a abandonar la proximidad del mar.

Mike Sanger sintió la agresiva vivacidad de la lengua tibia de la muchacha combatiendo contra la suya. Apretó más su abrazo, porque el leve oleaje pugnaba por separarlos.

Contra su torso, los agudos pezones excitados presionaban como puntas de puñales. De pronto, ella jadeó:

—¡Déjame respirar de vez en cuando!

—¿Hiciste el amor dentro del agua alguna vez?

—¿Qué?

—Aquí, tal como estamos ahora.

—No. Eso es imposible.

—¿Por qué imposible?

—¡Cuernos! ¿Qué pretendes, tendernos en el fondo y ahogarnos mientras nos amamos?

—Nada de tendernos...

Volvió a besarla, sujeta firmemente entre sus brazos. La muchacha le rodeó el cuello con los suyos mientras todo su cuerpo buscaba

adaptarse al del hombre, incrustarse en él mientras ambos luchaban para mantenerse a flote.

La agresiva virilidad de él hizo que la muchacha comprendiera de pronto. Le mordió febrilmente, mientras intentaba rodearle la cintura con sus piernas, evitando que el oleaje les separara.

Al fin lo consiguió, y los dos empezaron a hundirse al dejar Mike de mover los pies para seguir a flote. Conteniendo la respiración, mecidos dulcemente por el mar, él se sumergió dentro de ella en una posesión absurda que le aisló del mundo y de la vida hasta que el ahogo les obligó a emerger.

Sus cabezas salieron a la superficie, respirando aceleradamente. Ella jadeó:

—¡Me matas, maldito loco...!

—Te dije que podía hacerse.

—¡Sí, oh, sí se puede...!

Le besó mientras giraban en el agua, unidos, amándose como locos, enlazados en la soledad del mar. Ella sentía el vértigo de una delicia jamás experimentada, le parecía que todo su cuerpo se diluía en oleadas, dándose y exigiendo, acercándose a cada instante a la cima sublime de ese tumulto pronto a convertirse en torrente.

—¡Mike, te quiero...!

Nunca supo si pronunció realmente estas palabras, o si tan sólo las formuló en lo más profundo de su corazón, porque en aquel momento todo se convirtió en un delirante torbellino que la envolvió en una rugiente marea, como si el mar penetrara en su cuerpo en oleadas.

Claro que no era el mar, y ella lo sabía, y sintió que su cuerpo se llenaba de una delicia infinita y deseó que esa sensación no terminara jamás.

Separó la boca de los labios de él y jadeó:

—¿Sientes lo mismo que yo, Mike?

—No sé lo que tú sientes, pero me siento tan grande como una montaña.

—Debemos estar un poco locos. Amarnos así...

—¿Qué tiene de malo?

—Nada. No me importaría repetirlo cada noche.

Él sonrió en la oscuridad. Realmente, era toda una experiencia.

La muchacha dijo:

—Vamos a nadar juntos hacia la playa..., así, sin separarnos. Podría estar jugando contigo hasta el amanecer.

Nadar unidos el trecho que les separaba de la arena fue otra aventura enervante, de modo que cuando sus cuerpos se tendieron bajo las estrellas volvían a combatir en otra batalla de amor que tampoco parecía tener fin.

Hasta que ella gritó, y Mike le cerró los labios con su boca. Y esta vez

el frenesí alcanzó cotas delirantes, antes de que llegara el éxtasis, y la laxitud final, y el silencio, y una paz dulce, infinita.

Luego, él se apoyó sobre los codos y mirándola murmuró:

—¿Sabes que eres todo un espectáculo, querida?

—Pues tú tampoco estás nada mal. Estamos los dos para que nos viera tu jefe.

Él se estremeció.

—No menciones al diablo esta noche. Habría que oír al comisario. Tiene la lengua llena de veneno.

Ella se despezó, tendida de cara a las estrellas, los agudos pechos erguidos, estremecidos con los últimos ramalazos de la excitación vivida.

—Tu boca sabe a sal —dijo de pronto.

Un lejano alarido impidió que Mike replicara. Dio un respingo, alarmado.

—¿Oíste? —exclamó.

—Sí...

Otro aullido de terror se elevó en alguna parte, angustioso, para extinguirse abruptamente.

Ella jadeó:

—¡Es una voz de mujer!

—¡En las rocas!

Mike se levantó de un brinco y echó a correr como un gamo. La muchacha chilló:

—¡Mike, tus ropas!

Pero él no la oyó. Volaba sobre la arena, recto hacia un promontorio rocoso cuyo extremo se adentraba en el mar.

Cuando llegó allí oyó algunas voces contenidas, excitadas, y un grito apagado. Luego, un golpe, y una voz que gruñía:

—¡Quieta! ¿Me oyes, perra? Pórtate bien o te mato...

De un salto, Mike se encaramó a las rocas.

Al otro lado, sobre un lecho de arena, estaban tan entusiasmados que ni siquiera le oyeron. Eran tres y una chica. Dos de ellos la sujetaban, venciendo los espasmos de la muchacha. Un tercero se erguía sobre ella, ya casi desnudo, impaciente.

—¿Quieres sujetarle las piernas de una vez, idiota?

—barbotó éste.

Mike no pronunció una palabra. Se lanzó desde la roca como en una zambullida, sólo que en lugar de hundirse en el agua aterrizó sobre los hombros del impaciente rufián, golpeándole al mismo tiempo.

El puño como una roca retumbó contra la nuca del tipo. Se oyó un grito y el chasquido de los huesos. El asaltante se fue dando tumbos, mientras los otros dos se levantaban, furiosos.

—¡Es un tipo solo! —chilló uno.

No volvió a hablar. El puño derecho de Mike casi le entró en la boca. Los dientes se rompieron, los labios se convirtieron en pulpa y el fulano ya no se sintió con ánimos de pelea.

El tercero disparó un puntapié. Mike le agarró el tobillo, lo retorció salvajemente y el tipo volteó en el aire, aullando antes de caer como un plomo.

—¡Vamos, héroes, esto sólo ha empezado! —jadeó.

El primero al que golpeara estaba tumbado de cara a la arena y no se movió.

El segundo vomitaba un poco más allá, seguramente luchando por escupir los dientes que se había tragado.

El tercero se puso de rodillas, barbotó una salvaje obscenidad, y volteó la mano.

Un puñado de arena azotó los ojos de Mike Sanger. Rugió, trastabillando. En alguna parte, la voz de su compañera chilló:

—¡Mike! ¿Estás bien? ¡Mike...!

—¡Aléjate, busca mi pistola en el coche!

Oyó una exclamación, y pies corriendo por la arena. Los ojos le dolían como el infierno. Cuando pudo ver lo que le rodeaba se había quedado solo con la muchacha desvanecida.

Fue hasta el agua y se libró de los granos de arena que escocían sus pupilas. Oyó llegar a su amiga y volviéndose la vio tan desnuda como él mismo, llevando una enorme pistola automática en la mano.

—Tranquila, nena, no vayas a volarme la cabeza.

—¡Mike!

—¿Dónde están, los viste?

—Tenían un coche en la carretera. Oí rugir el motor cuando se largaron. Debía ser un auto deportivo a juzgar por el ruido.

—Está bien..., ocúpate de ella mientras me visto. Se desmayó.

—¡Cualquiera no! Vaya pandilla de cerdos asquerosos.

—Modera tu lenguaje, corazón..., ése no es propio de una dama.

—Yo no soy ninguna dama. Y tal como estás en estos momentos, tú tampoco eres un caballero precisamente.

Él se miró de arriba abajo. Ciertamente, era todo un espectáculo. De pronto sintió unas ganas enormes de reír y estalló en carcajadas mientras se alejaba hacia el auto, en busca de sus ropas, llevándose la pistola.

Cuando se hubo vestido, llevó las de la chica hasta donde la dejara.

—¿Ha recobrado el conocimiento? —indagó.

—Aún no. Deben haberla golpeado, y tiene arañazos en los pechos y el estómago. Ha sangrado un poco.

—Vístete. La llevaremos al hospital.

—¿Sabes si tuvieron tiempo de violarla antes de que llegaras?

—No. Por lo menos no creo que ninguno lo hubiera hecho antes. Ella

peleaba como una gata.

—Deberían colgar a esos puercos...

Mike encendió un cigarrillo.

—Es el quinto caso de violación en un mes —dijo, como si hablara consigo mismo—. Todo un récord en nuestra ciudad. Menos mal que éste no pudieron consumarlo.

—Mejor será que me ocupe de arreglarle un poco las ropas...

—Lo harás en el coche.

Mike levantó el hermoso cuerpo de la muchacha y echó a andar hacia donde tenía el auto. Sintió revolversele el estómago al darse cuenta de que era una chiquilla que apenas si rebasaría los quince años...

CAPÍTULO II

Los archivos de la policía de Garden Bay City no puede decirse que fueran un modelo de organización moderna, con cerebros electrónicos, ordenadores y otros medios sofisticados. Más bien eran una cosa de artesanía, pero en la que Mike Sanger se movía como pez en el agua.

Sin embargo, esa noche el sargento hubiera querido disponer de los medios de la policía de Los Ángeles, por ejemplo. Sobre una alargada mesa del sótano tenía seis o siete enormes volúmenes que contenían miles de fotografías. Cerró el último y echándose atrás en el sillón cerró los ojos, porque la cabeza le daba vueltas después de ver caras y más caras de indeseables de todo género.

Empezaba a acariciar la idea de irse a dormir cuando el teléfono de comunicación interior zumbó como un abejorro.

—Hable —gruñó por el auricular.

—¿Sargento? Acaba de llegar el comisario.

Eso era toda una noticia.

—¿A estas horas? —rezongó.

—Viene hecho un brazo de mar, con smoking y todo.

—Eso no me lo pierdo.

Colgó y abandonando las fotografías subió hacia el despacho de su jefe.

El comisario Bryner era un individuo delgado, con los nervios siempre tirantes y una peligrosa propensión a utilizar el sarcasmo en sus escarceos verbales con el sargento.

Realmente, Mike no pudo contener un leve silbido cuando abrió la puerta del despacho.

—Caramba, jefe —exclamó—. No sé qué me sorprende más, si su elegante atuendo o el hecho de verle aquí a estas horas...

Los ojos de basilisco del comisario le examinaron de arriba abajo.

—Lamento no poder sorprenderme yo también del atuendo que viste, sargento —replicó—. Sigue siendo la basura de costumbre... Y en cuanto a la hora, tampoco es usual que demuestre usted tanto celo como para estar aquí a las dos y media de la madrugada. ¿No había ninguna golfa a la que echar mano esta noche o qué?

—Usted tiene ideas preconcebidas sobre mis hábitos nocturnos...

Sanger acabó de entrar y cerró la puerta. Atrapó una silla y acercándola a la mesa anunció:

—Estuve en la playa, esta noche.

Las cejas de su jefe saltaron hacia arriba. Cuando eso sucedía su frente adquiría una curiosa conformación plagada de arrugas, con el negro cepillo de las cejas sosteniéndolas.

—¿De veras? Muy romántico. Nadar a la luz de la luna, y supongo que bien acompañado.

—No me quejo en ese aspecto.

—¿Va a contarme a mí, ahora, sus sucias aventuras sexuales?

—No tienen nada de sucias. Por el contrario... Bueno, no es de eso de lo que quería hablarle. Hubo un intento de violación en la playa. El quinto en un mes.

—¿Y...?

—Pude evitar que se cometiera. Eran tres tipos. La chica tenía quince años y está en el hospital.

—¿Los atrapó?

—No. Les sacudí un poco, pero lograron escapar. Sólo pude ver la cara de uno de esos cerdos... Le hice tragar los dientes —terminó, suspirando.

Bryner no suspiró. Más bien soltó un bufido como una caldera a presión.

—Hubiera preferido que los detuviera, sargento. Se supone que ése era su deber.

—Sí, claro, a mí también me habría gustado. Hace dos horas que reviso nuestra colección de fotografías, pero el fulano no está en ella.

—¿Quién era la chica?

—Vive en Madison Lane. Conoció a los tres hijos de perra en un club, la invitaron, bailaron. Según ella se portaron correctamente hasta que estuvieron en el coche. En lugar de acompañarla a su casa, la llevaron a ese rincón de la playa donde yo les estropeé el plan.

—¿No sabe sus nombres siquiera?

—Estaba muy nerviosa, casi histérica cuando la interrogué. No recordaba sus nombres. Cree que uno de ellos se llamaba Georges, pero eso es todo.

—Eso no es nada.

—Ya lo sé, pero no podía apretarla demasiado en el estado en que se hallaba. Los médicos me echaron de la habitación.

—¿Va a presentar denuncia?

—Tampoco se lo pregunté.

—Ya, claro. Otras muchachas han preferido ocultar los hechos por pudor. O por miedo.

—Pero tenemos cuatro que lo denunciaron.

—Sin aportar ningún dato que nos facilitara la tarea. Bueno, después de todo estamos acostumbrados a estas cosas. ¿Quiénes están de servicio esta noche, sargento?

—¿En los coches?

—Sí.

—William y Jerome en la zona sur, y Dill, con Burges, en el norte, comprendido El Valle.

—Destaque a alguien más en El Valle, esta noche. Habrá mucho movimiento allí cuando termine la recepción del hotel Monopole.

Precisamente vengo de allí. La mayoría de residentes de El Valle y Las Colinas asisten a la gala de presentación de modelos, y ya sabe cómo son esas gentes. Las mujeres lucen todo su arsenal de joyas como si se tratara de garbanzos. Quiero que se redoble la vigilancia.

Sanger hizo una mueca.

—Veré qué puede hacerse, jefe, pero ya sabe lo mal que estamos de personal.

—No me cuente sus penas, sargento. Sólo muévase.

—¿A qué hora termina esa gala, o lo que sea?

—¿Cómo voy a saberlo? Hubo un «pase» de modelos antes de la cena fría. Cuando yo salí se iniciaba otro de moda masculina... Por cierto, le convendría dar un vistazo, Sanger. Debe darse cuenta de que su vestuario es deprimente. Después habrá baile, y como final, otra presentación de modelos femeninos. Y luego quizá sigan bailando, así que es imposible adivinar a qué hora terminarán.

—Ahora me explico su hermoso smoking jefe. Esa fiesta debe ser toda una solemnidad.

—Lo es. Y estamos en plena temporada, con los hoteles llenos y turistas por todas partes, así que no se duerma. Y si fuera posible, sargento, incluso le pediría que, durante unos días, olvidara su degeneración sexual para concentrarse en el trabajo.

Mike se levantó. Con una leve mueca dijo:

—Las dos cosas son perfectamente compatibles, comisario. Si me permite decirlo, yo le aconsejaría que hiciera la prueba una de estas noches.

Vio a su jefe ponerse rojo y se apresuró a abandonar el despacho. Si se detenía a pensar en la gorda mujer del comisario, era capaz de comprender hasta la aversión de Bryner por el sexo y su permanente estado de irritación.

CAPÍTULO III

Se abrió la puerta y una mujer apareció en el umbral. Era alta, aún joven, y con belleza suficiente para que Mike la mirara con buen ojo.

—Soy el sargento Sanger, señora. Nos conocimos en el hospital, ¿recuerda?

Ella esbozó una mueca.

—Sí, entre...

La mujer señaló un diván.

—Quisiera hablar con su hija Jenny, señora Mars.

—¿Para qué?

—Han pasado dos días desde que su hija sufriera tan desagradable experiencia. Imagino que está ya repuesta, de modo que he de hacerle unas preguntas. En el hospital no estaba en condiciones de ser interrogada.

—Ahora tampoco. Hemos decidido no presentar ninguna denuncia, no remover más tanta basura.

Mike la miró estupefacto.

—¿Quiere decir que van a dejar las cosas como están?

—Exactamente. Remover este asunto no traería más que amarguras a mi Jenny. No queremos ninguna publicidad.

—Ya veo. Sin embargo, necesito hablar con ella, aunque no presenten la denuncia.

La mujer titubeó.

—Está bien, pero yo estaré presente, sargento.

Mike se encogió de hombros. Ella le dejó solo en la salita, y cuando volvió lo hizo acompañada de la hermosa muchacha que él ya conocía.

—Hola, Jenny.

La chica esbozó una sonrisa.

—Siéntate, deseo hablar contigo si no te importa.

—¿Los han detenido?

—Aún no. Tal vez tú puedas ayudarme para acabar con esos bastardos.

La madre gruñó:

—Mi hija no sabe nada, no les conoce siquiera.

—¿Le importaría que sea ella quien hable, señora?

—No tiene usted derecho...

—Mamá, por favor —terció la muchacha—. Quiero que detengan a esos canallas, ¿entiendes?

—Tú oíste el nombre de uno de ellos...

—Georges, es todo lo que oí.

—¿Y los otros?

—Ignoro cómo se llaman. Ese Georges parecía ser el jefe del grupo.

Era el que... el que estaba de pie cuando los otros me sujetaron.

Mike sonrió.

—Entonces, debe tener un buen dolor de cabeza cuando menos. ¿Qué clase de coche llevaban?

—Uno deportivo..., uno de esos coches europeos, muy bajo, descapotable.

—¿Viejo?

—No..., me parece que no.

—Así que, o bien robaron el auto, o no se trataba de unos tipos cualesquiera. Esos coches cuestan una fortuna... ¿No recuerdas la marca?

—No.

—¿Y el color?

—Eso sí..., era azul, un azul claro, muy bonito.

—Quizá puedas reconocer el modelo de coche si examinas algunas fotografías de autos europeos. ¿Te parece que lo intentemos?

La madre de Jenny soltó abruptamente:

—No permitiré que mi hija se mezcle en sus investigaciones, sargento. Eso sería tanto como dar publicidad a su desagradable aventura y es algo que quiero que olvide cuanto antes.

—¿Qué dices tú, Jenny?

—¡Ella es menor de edad!—exclamó la mujer—. Hará lo que yo diga.

—Me pregunto si su esposo opina lo mismo...

—Él no tiene nada que ver en esto. Ha decidido que me ocupe yo de todo lo concerniente a mi hija.

Mike se levantó conteniendo su cólera.

—Me gustaría que fuera usted capaz de comprender que con su actitud ayuda a esos delincuentes. Ayuda a que otras muchachas sean asaltadas, violadas y quizá asesinadas. ¡Ayuda a los violadores! ¿O es incapaz de comprender eso siquiera?

—¿Ha terminado? Voy a llamar a nuestro abogado...

Mike dirigió una mirada a la chica. Estaba muy pálida y era extraordinariamente hermosa. Ella le devolvió la mirada. Una mirada desamparada, acuciante.

—No puedo obligarte a ayudarnos, Jenny —dijo—. Pero si ves a alguno de esos tres tipos, por favor, llámame. Haré que no te veas envuelta en el proceso. Es todo lo que puedo decirte.

Ella no replicó y se quedó donde estaba cuando Sanger se dirigió a la puerta, escoltado por la rígida dueña de la casa.

Condujo despacio de regreso a su oficina. Tan pronto entró advirtió la agitación que reinaba en todo el edificio.

—¿Qué diablos pasa ahora? —gruñó—. ¿Han asaltado el Banco?

—El comisario anda loco buscándole, sargento —murmuró Willy—. Un tipo de El Valle se ha volado la tapa de los sesos.

—¿Quién?

El joven policía se encogió de hombros.

—Lo ignoro. Mis relaciones sociales no incluyen a esa gente. Afortunadamente —suspiró.

Mike empujó la puerta de la oficina del comisario

Bryner. El hombre estaba tan nervioso que casi se había comido la mitad de su cigarro puro.

—¡Caray, pensé que estaba usted de vacaciones, sargento! —estalló—. Nunca se le encuentra cuando hay trabajo.

—¿Qué trabajo?

—¡Herbert Allred! —dijo casi con reverencia—. De los Allred de El Valle.

—¿Gente importante?

—¿De dónde sale usted, hombre? Los Allred han sido siempre una institución en este país. Hay hombres con ese apellido en las más altas esferas de Washington, no le digo más.

—Y se ha volado los sesos, ¿eh?

—Sí. Es una auténtica tragedia.

—¿Alguna duda respecto a que haya sido suicidio?

Bryner casi brincó fuera del sillón.

—¿Dudas? —barbotó—. ¿De dónde saca esa retorcida idea? Es un suicidio tan claro como la luz del día.

—Ya veo. Entonces no me concierne.

—¡Sanger, no haga chistes! Va usted a ir inmediatamente a El Valle y ocuparse de los trámites. Y quiero que trate a esa gente con guante blanco. Si pudiera disponer de otro oficial no le mandaría a usted, así que ya sabe a qué atenerse.

—Mire, comisario, ya sabe cuáles son mis opiniones al respecto. Envíe a otro, o tómela bajo su responsabilidad. Usted se lleva bien con la aristocracia, es casi uno de ellos..., le dan sus votos, le apoyan y...

—¡Sargento!

—Sí, señor.

—Quiero el informe cuanto antes. El doctor debe estar allí a estas horas, él le ayudará. Eso es todo.

Sanger salió refunfuñando del despacho. Cada vez que se veía obligado a meter la nariz entre la gente de El Valle sentía repeluznos y acudían a su memoria otros casos anteriores en los que las pasó moradas, lidiando entre presiones, influencias y amenazas.

Tomó su coche y emprendió el camino del distrito más sofisticado de todo el condado.

La residencia de los Allred era un palacio blanco, con columnas de mármol y de un estilo que el sargento fue incapaz de catalogar. De cualquier modo era eso, un palacio. No le gustó.

Había como diez coches estacionados en la plazoleta rodeada de

jardines, delante de la entrada principal. Junto a alguno de aquellos acorazados de lujo, los chóferes fumaban y se aburrían.

Un tanto acomplejado, dejó su humilde «Ford» de tres años a un lado y se dirigió hacia el auto-patrulla parado junto al camino de losas de piedra.

El policía que atendía el radioteléfono le saludó sin ninguna marcialidad.

—Hola, Stanley...

—¿Qué tal, sargento?

—¿Sabe usted lo que ha pasado exactamente?

—Ni media palabra. Willy está dentro, pero me parece que no habrá podido sacar mucho en claro. Ya sabe cómo son estas gentes... Lo que me gustaría saber, es qué diablos hace usted aquí si se trata de un suicidio, sargento.

—Ordenes del comisario.

Se dirigió a la entrada de la casa. Había una especie de almirante esperándole allí. Mike no supo exactamente si se trataba de un sirviente, o de un alto oficial de un ejército de opereta. Su uniforme era todo un espectáculo.

—Soy el sargento Sanger —se presentó—. ¿Dónde está el cadáver?

—Por aquí, señor...

El tono y los ademanes del hombre le revelaron que se trataba en verdad de un sirviente. Tal vez un mayordomo.

Pasaron por un salón donde había cinco hombres reunidos, que le miraron sin ninguna cordialidad.

En una biblioteca anexa al salón estaba el cuerpo, medio derribado sobre una mesa. El médico estaba inclinado sobre él y se enderezó al oír los pasos de Mike Sanger.

—Hola, doc.

—¿Qué tal, Sanger? Si busca misterios aquí, olvídelo.

—El comisario dijo que usted podría ayudarme para confeccionar un informe sobre el caso.

—No hay siquiera caso. Es el suicidio más claro que haya visto en mi vida. El hombre se disparó un tiro en la sien. La bala no salió de la cabeza. La pistola está aquí, en el suelo, bajo la mano derecha. Nadie ha tocado nada, así que lo tiene todo hecho, sargento. Y, por si faltara algo, dejó escrita una carta de despedida.

—Qué le parece..., tipo más considerado...

Mike vio que el cadáver pertenecía a un hombre de unos cincuenta y cinco años, delgado y de abundante cabello castaño.

El orificio de la bala era pequeño y había dejado salir una reducida cantidad de sangre.

Rodeó la mesa y dio un vistazo a la pistola automática que había sobre la alfombra. Era niquelada, apenas un juguete.

—Una «22» —comentó—. Uno de esos juguetes europeos.

La mano derecha del cadáver colgaba por un lado del sillón, y sin ninguna duda la pistola se había desprendido de los dedos de esa mano.

—Tal como usted dijo, doctor, se trata de un suicidio de los más sencillos. ¿Cuándo me hará un informe?

—Hoy mismo.

—¿Quién tiene la carta de que me habló, doc?

—Supongo que la viuda.

—¿Supone?

—Bueno, uno de los familiares se la llevó. Creo que era el hermano de este pobre tipo.

—Le daré un vistazo y me largaré de aquí. En realidad, quisiera saber a qué demonios he venido.

—Bueno, usted es polizante, sargento.

—Sí, pero de Homicidios. No demore el informe, doctor.

Abrió la puerta y por poco no se estrelló con la espectacular pelirroja. Para ser exactos, por poco no se estrelló contra los agresivos pechos de la pelirroja.

CAPÍTULO IV

Cuando pudo apartar la mirada de aquellas protuberancias, cuyos pezones se marcaban descaradamente en el leve tejido de la blusa, ella dijo:

—Vaya, ¿otro polizonte?

—Algo así. ¿Quién es usted?

—Oficialmente, la prima Beny. Mi nombre es Berenice Faxon Allred. Para decirlo en otras palabras, soy la pariente pobre de la familia, ¿sabe?

—Resulta un poco complicado, así, de sopetón.

—En las grandes familias siempre hay un pariente pobre. En la de los Allred soy yo.

Sanger volvió a mirarla de arriba abajo. Con todas aquellas curvas la dama sólo podía ser pobre de dinero, porque todo lo demás le rebosaba...

—Este..., hay un guardia de uniforme en alguna parte— refunfuñó, apurado—, Quisiera encontrarlo si fuera posible.

Ella cabeceó.

—Ya sé a quién se refiere. Es todo un héroe.

—De nuevo habla un idioma nuevo para mí. Me refiero a un policía uniformado. Temo que se haya perdido en esta choza.

—¿Perdido...? Oh, ya entiendo. No, sólo está jugándose el empleo.

—¿De qué modo, galanteando a quien no debe?

La muchacha se echó a reír esta vez.

—No —dijo—. Pero se ha empeñado en no perder de vista la carta de mi tío. La carta de despedida, quiero decir.

Mike dio un respingo.

—Me gustaría que me llevara hasta él, por favor. Quisiera echarle una mano.

De nuevo Berenice Faxon Allred le enseñó los dientes en una deslumbrante sonrisa. Tenía unos labios rojos y una boca grande y generosa.

—Otro héroe —exclamó—. Creí que se había extinguido la raza... Venga conmigo, querido. Va a ser divertido.

Tomó la mano de Mike entre sus dedos y echó a andar.

El sargento sintió un latigazo en todas las fibras de su cuerpo. Siempre había sido muy sensible al tacto de la piel femenina, aunque fuera solamente la piel de la mano. Esa que sentía ahora era suave, delicada, acariciante, a pesar de oprimirle con firmeza mientras le guiaba por el complicado laberinto de pasillos y salas desiertas.

Al fin empujó una puerta y Sanger vio una estancia reducida, con un gran ventanal al fondo por el que podía contemplarse el jardín. Había dos hombres junto a una mesa, y el agente Willy plantado rígido ante

ellos.

Todos se volvieron en redondo al oír abrirse la puerta.

Berenice tiró del sargento sin soltarle la mano.

—Otro policía, tío —anunció triunfalmente—. Andaba perdido por ahí y pidió socorro.

El más alto de los dos hombres se puso rojo.

—A veces pienso que mi hermano cometió una estupidez al admitirte en su casa, Beny... O eso, o estás loca de remate. ¿Es que ni siquiera puedes mostrar un poco de compostura, con su cadáver aún caliente en la casa?

Ella se encogió de hombros.

—El hecho de que yo llore o ría no va a devolverle la vida —dijo sin impresionarse—. Y creo que ya he cumplido mi misión de guía... Ese es el tío Gerome, y ése otro con cara de búho el abogado de la familia... Newland Tarkington.

Sanger se quedó mirándola desbordado. Ella tenía de nuevo aquella sonrisa caliente que ponía escalofríos en sus fibras más sensibles.

—Quizá la vea después —balbuceó.

—Oh, seguro que me verá...

Se cerró la puerta y él se enfrentó con los dos hombres. El policía de uniforme suspiró:

—Ha llegado usted a tiempo, sargento. Estaba a punto de llamar a Jefatura pidiendo instrucciones.

—¿Instrucciones para qué?

—Dicen que no van a entregar la carta del suicida...

Señaló a los otros dos por encima del hombro. No se necesitaba ser un lince para adivinar que Willy estaba fastidiado.

Mike Sanger arrugó el ceño.

—Me parece que alguien está tomándose unas atribuciones que no debe —gruñó, mirando al abogado—. Esa carta es una pieza capital para el sumario.

—También podría convertirse en una pieza capital para un escándalo —replicó Tarkington—. La conservaremos nosotros.

—Tiene medio minuto para entregarme ese papel, abogado. Treinta segundos justos. Después procederé a tratar este asunto de un modo mucho más desagradable.

Los dos hombres cambiaron una mirada. Tarkington hizo una mueca de disgusto. Gerome Allred seguía con la cara roja.

El abogado dijo:

—Creo que debes hacer esa llamada, Gerome.

—Sí...

Descolgó el teléfono. Esperó un instante y luego pidió:

—¿Martha? Comuníqueme con el gobernador. Es urgente. No pase ninguna llamada hasta haber obtenido ésta.

Colgó, mirando triunfalmente al sargento.

Tarkington enseñó los dientes en una helada sonrisa.

—A veces —comentó—, hay gente que le gusta tropezar con dificultades.

Mike dio un vistazo a su reloj.

—Ha pasado el tiempo. No hay carta de suicida, Willy, así que para nosotros se trata de un caso de asesinato en primer grado, ¿no le parece? Vaya al coche y dé la noticia por radio. Y avise al periódico local.

Hizo un burlón saludo con la cabeza, giró sobre los pies y se dirigió a la puerta. Willy le contemplaba con la boca abierta y tardó en reaccionar. Cuando lo hizo, trotó tras él y cacareó:

—Lo dije en cuanto llegué, sargento. Me dije: Eso es un crimen con todas las agravantes... Tengo experiencia. ¿sabe usted?

Mike abrió la puerta. Allá atrás sonó una suerte de ladrido:

—¡Párese ahí!

Se volvió, con el agente pegado a sus talones. Tarkington era quien estaba rojo ahora, mientras la cara de Gerome Allred parecía un sudario blanco.

—Usted sabe que no puede hacer eso —barbotó el abogado—. ¡Puedo hundirle con sólo que lo intente...!

—Hasta entonces, todos los periódicos del país desmenuzarán las intimidades de la familia Allred, husmeando el crimen.

Salió, casi empujando a Willy. Cerró la puerta y se encaminó al largo pasillo.

La puerta se abrió con estrépito y el abogado apareció en ella.

—¡Venga aquí, sea quien sea!

Mike se volvió otra vez.

—Por favor —dijo.

—Por favor —rezongó Tarkington, rechinando los dientes.

—Espere aquí, Willy.

Entró de nuevo en la estancia. Gerome Allred se había derrumbado sobre una silla. El abogado casi daba saltos a causa de su furia.

—Es usted una basura, sargento.

—Ya lo sé. Me parezco a usted. ¿Qué hay de esa carta?

—Podrá usted leerla, pero la familia no quiere, bajo ningún concepto, que salga de esta casa. Tan pronto terminen los trámites la quemarán.

Mike alargó la mano sin replicar. Tras una vacilación, el abogado le entregó una hoja de papel doblada en cuatro.

La letra era enérgica y picuda, aunque en algunos párrafos parecía como si la mano que la había escrito hubiera temblado levemente.

Sin la menor duda, era la carta de quien se dispone a quitarse la vida. No obstante, había algunas frases curiosas. Parecía como si el suicida se quejara de su propia familia, y de que debido a eso había buscado

fuera lo que no tenía dentro. El último párrafo también resultaba curioso, por decirlo de algún modo. Mike lo leyó casi en voz alta:

—«Olvidé que en esas circunstancias un hombre de mi edad puede convertirse en un carcamal»...

Levantó la mirada y la paseó por las caras de los dos hombres que le escuchaban.

—¿Alguien sabe qué quiso decir con todo eso?

Se encogieron de hombros. El abogado replicó al cabo de unos instantes:

—Lo único que se me ocurre es que estaba muy trastornado..., que no regía como de costumbre, ya sabe lo que quiero decir.

—De todos modos resulta muy extraño...

—Ahora ya tiene usted la prueba de que se trata de un suicidio. La familia quiere que trascienda lo menos posible, así que esta carta será quemada y se organizarán unos funerales sencillos, como si el pobre Herbert hubiera fallecido de muerte natural.

—Esos son los deseos de la familia, pero incluso llamándose Allred tienen ciertas servidumbres con la ley. Esta carta se incluirá en el sumario, abogado.

—¡Se lo prohíbo! Le dejé leerla con la condición de que la devolviera en el acto.

—Yo no admití ninguna condición. Por lo demás, quisiera saber a qué obedece todo ese temor. Un hombre sufre una depresión y se suicida. Sucede todos los días en cualquier parte. ¿Dónde ven ustedes el escándalo?

Gerome levantó la cabeza. Seguía muy pálido.

—Un patán como usted no puede comprender la posición de una dinastía como la nuestra. ¡Le ordeno que devuelva esta carta al señor Tarkington!

Mike dobló la carta con cuidado y se la guardó en el bolsillo.

—Recibiré sus órdenes el día que le nombren comisario, señor Allred. Hasta entonces, puede hacer prácticas con su servidumbre.

Abrió la puerta y salió reprochándose a sí mismo haberse puesto tan furioso.

Salió tan aprisa que esta vez sí, esta vez atropelló a la sugestiva pelirroja. Topó contra ella, contra aquellas colinas puntiagudas que tensaban la blusa. Trastabilló y de modo instintivo la sujetó por los brazos hasta recobrar la estabilidad:

Ella exclamó:

—¡Caray! Es usted un vendaval, sargento...

Mike tragó saliva.

—Me pregunto si anda usted escuchando detrás de las puertas, encanto pelirrojo. ¿O estaba aquí por casualidad?

—No, vine por si alguien necesitaba ayuda. Llegué a tiempo de oír sus

últimas palabras y casi no pude creerlo... ¡Es usted un héroe, de veras! —Sáqueme de aquí antes de que me tiemblen las piernas. ¿Qué es eso de que venía por si alguien necesitaba ayuda?

Ella le tomó de la mano, y una vez más Sanger sintió una corriente cálida recorrerle la sangre.

—Me refería a usted. Pensé que estaría pasando un rato infernal, con el picapleitos y tío Gerome puestos en plan rudo. Yo debería conocer mejor a los hombres como usted... ¡En cuanto a rudo, se lleva la palma!

Willy parpadeó al verle tan bien conducido. Pero se abstuvo de todo comentario y les siguió al trote hasta llegar al jardín.

Mike exclamó:

—Oiga, ¿es una manera diplomática de echarme a la calle? Yo no dije que quisiera marcharme.

—Quiero respirar aire limpio. Además, pensé que querría interrogarme también a mí.

Sus grandes ojos parpadearon con falsa inocencia al clavarse en la cara ruda de Mike Sanger.

—De acuerdo, hablemos un poco de usted y yo...

—Pero no aquí. Demos un paseo por el parque.

Volvió a tirar de él y se sumergieron entre los frondosos árboles del hermoso jardín.

—¿Leyó usted la carta de su tío? —preguntó de pronto.

—No me dejaron ni verla. Imaginé que les ponía verdes.

—Tome, échele un vistazo.

Berenice se detuvo. Tomó la carta y la leyó con el ceño fruncido.

—Es raro —murmuró—. No expone una sola razón para suicidarse.

—Le fastidiaba la familia a mi entender.

—Seguro, pero le fastidiaba desde hace muchos años. Su mujer, ahora su viuda, es un témpano frío, estirado y rígido. Parece que se haya tragado el palo de una escoba y que no pueda doblarse jamás, como no sea para malcriar a su hijo. El tío Gerome es una especie de ave fría que vive sólo para acrecentar la fortuna familiar, escalar posiciones y ambicionar que alguien le empuje hacia Washington...

—Todo un muestrario.

Inesperadamente, se oyó una especie de sordo jadeo, un gruñido salvaje y letal que hizo que Sanger diera un salto, volviéndose con la mano acariciando la culata del revólver.

Se quedó helado ante el gigantesco perrazo que les miraba a tres pasos de distancia. Ni siquiera lo había oído llegar.

Berenice exclamó:

—Tranquilo, «Satán». Es un amigo mío, aunque sea polizone... Ven aquí.

El gigantesco perro avanzó majestuosamente. Era un tremendo dogo

de ojos salvajes, negro como el infierno.

Frotó el hocico contra los pantalones de la muchacha. Luego se volvió y sus ojos rojizos y salvajes se clavaron en Mike como eligiendo el mejor punto para hundir sus afilados colmillos.

—Me pregunto si es un cruce de perro y caballo —rezongó Sanger—. Nunca había visto un animal semejante.

—Pura raza, adiestrado para guardar la finca. Pero es un perro cariñoso y fiel..., a menos que alguien le ordene atacar.

Le acariciaba la enorme cabezota. Mike alargó la mano y le acarició las orejas. Cuando reanudaron el paseo, «Satán» les siguió en silencio como una negra sombra.

—Ahora, hágale de usted para variar —sugirió Sanger después de guardarse la carta.

—No hay nada que contar. Ya le dije que soy la parienta pobre de la familia. Mi madre cometió el delito imperdonable de casarse con un pobre artesano. No se lo perdonaron, claro. Prácticamente dejó de pertenecer a la familia. Luego, ella y mi padre perecieron en un accidente de coche y, quizá para limpiar su turbia conciencia, los Allred me dieron cobijo en su palacio. Yo tenía entonces diez años.

—Ya veo...

—Les sirvo de pretexto. No sabe usted cómo la gozan presumiendo de su magnánimo corazón. Ahí es nada, ¿sabe? Haber acogido a la hija de quien no mereció más que desprecio... De cualquier modo, sargento, lo paso bastante bien amargándoles las digestiones.

—Me parece usted todo un carácter.

—No tiene mérito, conociéndoles. Lo suyo sí lo tuvo, porque desafiar a tío Gerome y al picapleitos... Bien, se me antoja lo mismo que jugar al escondite con una cobra.

—No exagere.

—¿Por qué lo hizo?

—No me gusta que me manejen.

—Pero a usted no le iba nada en este asunto. ¿Qué importancia puede tener esa simple carta? No cabe la menor duda de que mi tío se suicidó.

—Esta carta debe ser incluida en el sumario, aunque se trate de un suicidio. Por lo demás, la carta en sí me importa un bledo. Se trataba de dejar a cada uno en su lugar, si entiende lo que quiero decir. Ella rió entre dientes. El perrazo caminaba pegado a sus piernas y de modo instintivo le acarició las enhiestas orejas recortadas.

—Me gusta usted —soltó sin rodeos—. Sólo por haber plantado cara a ese par de búhos. Quizá algún día complete mi dicha dándole un repaso a mi adorada tiita.

—No creo que vuelva a ver a ninguno de los Allred. Tan pronto haya presentado mi informe quedare fuera de este asunto. Aunque si algún

día decide usted darse una vuelta por el centro, quizá podamos tomar una copa juntos.

—¿No siente usted complejo hacia nosotros?

—Hacia usted, no. Es tan pobre como yo, así que somos del mismo barro. ¿O sólo estuvo tomándome el pelo?

Dieron la vuelta para regresar a la casa. Berenice se detuvo antes de llegar a ella y quedose mirando a la lejanía, hacia la masa verde del parque más allá del cual estaba el mar.

—Es cierto que soy la parienta pobre de la familia, sargento. Y quizá se deba a esa circunstancia que no sea tan cretina como ellos. Así que volveremos a vernos usted y yo.

Mike no supo exactamente cómo interpretar la súbita seriedad que había impregnado la voz de la muchacha. Siguieron hacia donde estaban los coches. Al detenerse nuevamente, él murmuró:

—Me gustaría que respondiera con absoluta sinceridad a una pregunta, Berenice.

—Hágala.

—¿Por qué cree que se ha matado su tío?

—Bueno..., en la carta queda más o menos claro. Asco de vivir con su familia. Estaba harto de su hijo, un degenerado bueno para nada, y de su mujer, que con el tiempo se ha convertido en un eterno gruñido, una eterna queja. De su hermano no quería ni oír hablar como no fuera para escuchar el estado de cuentas...

—¿Eso es todo?

—Lea la carta de nuevo, sargento. Verá que mi tío hizo algo de lo que se arrepintió. Algo como echar una cana al aire o así..., cosa que no le reprocho. No creo que hubiera muchos hombres capaces de soportar lo que él sufrió.

—Entiendo. Gracias por su ayuda.

—¡Espere un minuto, sargento! Con todo esto, ni siquiera me ha dicho cómo se llama usted.

—Oh, disculpe... Sanger, Mike Sanger.

—Ajá, le veré en el pueblo.

El sargento la vio marchar y no pudo despegar la mirada de ella hasta que desapareció.

Ver moverse aquel cuerpo era todo un espectáculo.

Entró en su coche, dio instrucciones a los dos policías y se largó zumbando de El Valle.

CAPÍTULO V

Era noche cerrada cuando Mike terminó de redactar el informe completo referente al suicidio de Herbert Allred. Por alguna extraña razón, sentía un agudo desánimo, tan agudo que ni siquiera había pensado todavía en buscar el teléfono de alguna chica que se sintiera tan sola como él.

Justo cuando esta brillante idea acababa de ocurrírsele, entró el comisario Bryner, ataviado con el flamante smoking que ya otra noche dejara boquiabiertos a sus subordinados.

De entrada, la cara enjuta del comisario parecía tan negra como el smoking.

—Venga a mi despacho, sargento. Quiero hablar con usted.

Su voz sonó como el chirrido de una sierra.

Mike se levantó resignadamente. Tomó los folios mecanografiados y siguió a su jefe sin el menor entusiasmo.

Tan pronto hubo cerrado la puerta, Bryner le espetó:

—¿Qué maldita cosa hizo usted en casa de los Allred?

—Apenas nada. Todo me lo dieron hecho, y además se trataba de un suicidio. Aquí está todo escrito, comisario.

—¡Les amenazó!

El ladrido hizo temblar la lámpara. Mike suspiró.

—No fue exactamente una amenaza, pero hube de mostrar mi lado desagradable para conseguir la carta del fiambre. Querían quemarla, usted sabe.

—Hay un escrito de queja contra usted, y por añadidura contra todo el Departamento. Lo firma Gerome Allred, asesorado por su abogado.

—¿Y qué? Otras veces hemos recibido escritos semejantes.

—¡Oh, claro que sí! —el sarcasmo sonó tan corrosivo como el vitriolo

—. Nosotros los hemos recibido. Pero no el gobernador. A mí me han remitido sólo una copia. El original está camino del despacho del gobernador, que por añadidura es amigo personal de los Allred.

—Bueno, yo en su lugar no me preocuparía demasiado... En cualquier caso, la cosa irá contra mí, y ya buscaré la manera de neutralizarlo.

—A veces me pregunto qué guarda usted en su cabezota, sargento. Le advertí del modo cómo debía tratar a esa gente. ¡Se lo advertí por adelantado!

Mike rechinó los dientes.

—Lo malo, jefe, es que nadie advirtió a esos bastardos del modo cómo debían tratarme a mí.

—¡Sargento!

—No lo repita. Me advirtió. ¿Eso es todo, señor?

Bryner se puso rojo.

—Usted y yo hablaremos más extensamente sobre todo esto mañana,

sargento. Esta noche quiero que redoble las patrullas en El Valle. Utilice a todos los hombres disponibles. Yo estaré en el Monopole, en una recepción. Llámeme allí si surgen dificultades que usted sea incapaz de solucionar.

—Muy bien. ¿No va a leer el informe?

—Hay tiempo para eso.

Sanger se quedó solo, refunfuñando entre dientes. Ocupó la siguiente media hora en disponer a los hombres de que pudo echar mano para cumplir las órdenes del comisario. Luego se dirigió a su propio coche, esperó que los patrulleros desaparecieran en la distancia y encendió el motor.

En aquel instante, un pequeño «Healey» de dos plazas, rojo, llegó disparado y sus neumáticos chillaron al frenar violentamente ante la puerta de la Jefatura. Era un coche importado que debía costar un buen puñado de dólares.

Mike aguzó la mirada. Vio saltar del auto a una mujer vestida con un brillante vestido de noche de *lame* dorado. Una mujer con una larga cabellera roja y un cuerpo que daba vértigo.

—¡Berenice! —exclamó.

Apagó el motor y saltó a la acera.

—¡Eh! ¿Anda buscando aventuras?

Ella se volvió en redondo. Una gran sonrisa alumbró aquellos labios que ponían enfermo al sargento.

—Hola, Mike Sanger. Vengo en su busca, realmente.

—¿Por qué, alguien más se ha volado los sesos?

—No necesita emplear ese lenguaje para demostrarme lo rudo que es.

—Lo siento.

—Quiero que me acompañe. Esta noche no tengo ningún caballero que quiera cargar conmigo.

—¿Se ha mirado usted al espejo, hermana?

—Seguro. ¿Qué hay de malo en mí?

—Este..., lo lleva puesto.

—¿El vestido? —se echó a reír—. Casi acabamos de conocernos, sargento. No me diga que ya quiere quitármelo.

—Se las sabe todas. Quiero decir que no entona conmigo.

—Bueno, cámbiese.

—Pero, bueno, ¿hay un baile de máscaras o qué diablos se le ha ocurrido?

Ella suspiró.

—Se trata de una fiesta de las más sofisticadas, y si me presento en ella acompañada de un hombre como usted todas las demás mujeres me envidiarán. ¡Ahí es nada, un tipazo con aspecto de hombre de las cavernas! Vamos, no me obligue a suplicarle más.

—Está tomándome el pelo, claro.

—Seguro, pero quiero que me lleve usted a esa fiesta.

Sin esperar respuesta, Berenice se encaminó hacia su pequeño bólide. Tras una vacilación Mike la siguió.

Miró desconfiado el aplastado asiento.

—¿Cómo entra uno ahí, con un calzador?

—Pruebe a ver...

Hubo algunas dificultades para acomodar sus largas piernas en el reducido espacio. Acabó con las rodillas pegadas casi en la barbilla. Ella arrancó con una sacudida.

—¿Adónde le llevo? Y habrá de darse prisa, no le esperaré más de diez minutos, así que usted verá.

—Muchacha, un ciclón a su lado es apenas una imitación de los vientos alisios... Lléveme a mi leonera, en la calle Markham. A propósito, si no quiere esperar en la calle...

—Olvídelo, querido. No subiré a su apartamento, si es eso lo que iba a decir.

—Eso era —suspiró Mike resignadamente.

Instantes después señaló el edificio donde vivía y ella detuvo el coche junto a la acera. Salir desdoblado las piernas fue otra odisea. Sólo cuando ya estuvo de pie en la acera preguntó:

—Ahora que se me ocurre, ¿dónde se celebra esa maldita fiesta?

—En el salón dorado del Monopole.

Él se quedó boquiabierto.

—De modo que en el Monopole... ¡Qué te parece!

Casi echó a correr hacia la entrada, dejando a una sorprendida muchacha mirándole asombrada.

Doce minutos más tarde reapareció, y Berenice dejó escapar un largo silbido. Mike atravesó la acera ajustándose el smoking.

Berenice comentó:

—Me decepciona..., ya apenas si se parece a un hombre de las cavernas.

Él gruñó por toda respuesta. Realizó otra exhibición de contorsionismo para encajarse en el asiento, y ella arrancó casi antes de que lo consiguiera, de modo que fue el impulso del coche lo que le dejó clavado allí, casi aprisionado.

—Ahora hableme de esa fiesta. Debo saber a qué atenerme...

—Oh, ya lo verá. Pases de modelos, champaña, mujeres espectaculares, música, baile, cena fría... ¿Qué más quiere?

—A alguien le va a dar un infarto.

—¿De qué habla?

—De mi jefe.

Rió entre dientes al pensar en eso. El coche enfiló la ancha carretera que se encaramaba siguiendo el contorno de la costa y de pronto aparecieron las estallantes luces del Monopole.

El hotel era una mole erguida sobre un impresionante roquedal. Algunas de sus terrazas estaban excavadas en esa misma roca, y luces tenues las alumbraban, para regocijo de las amarteladas parejas. En cambio, la fachada parecía una llama blanca de luz, así como el paseo de entrada, y los jardines, y las decenas de terrazas que daban al mar cubriendo toda aquella parte del edificio.

Un empleado se llevó el rojo bólide cuando ellos se apearon. Mike sintió un ramalazo de aprensión ante aquella colosal entrada, con la riada de gentes vestidas de etiqueta, con mujeres cubiertas materialmente de joyas.

Acabó de apabullarle el esplendor que reinaba dentro del colosal edificio. Era un ambiente que siempre le había dado dentera, porque aquellas gentes eran justamente las que solían producirle peores quebraderos de cabeza en su profesión.

Berenice, colgada de su brazo, dijo:

—Fíjese bien, sargento. Ninguno de esos lechuguinos puede compararse con usted en cuanto a músculos. Piense en eso y se sentirá completamente seguro de sí mismo.

—El día que pueda pillarla en «mi» ambiente, seré yo quien lleve la voz cantante. Aquí soy un desplazado.

—¿Cuál es su ambiente, querido?

—El de mi apartamento.

—Eso pensé. Venga, dejemos que me envidien.

Él pensó en la tomadura de pelo, en que estaba comportándose como un tonto integral, pero se dejó arrastrar por ella hacia un grupo de muchachas asediadas por otro grupo de muchachos. Todos ellos parecían saludables, hermosos, sofisticados; tenían las mismas expresiones ávidas y mostraban las mismas sonrisas de anuncio dental.

Berenice exclamó:

—¿Qué estáis haciendo aquí, queridos? El desfile es en el salón dorado...

Todos se volvieron en redondo. Las chicas mostraron un vivo sobresalto, antes de fijar sus miradas en el sargento. Los hombres miraron a éste casi de pasada, para concentrar sus ojos en el increíble escote de Berenice, en aquel abismo de piel sedosa y dorada que amenazaba con llegar hasta su cintura.

—¡Caramba, Berny! No pensé que... Bueno, que después de lo que ha sucedido con tu tío vinieras aquí esta noche.

El acre comentario de una chica hizo que la pelirroja sonriera de aquella manera demoledora.

—¡Querida Marcy! No fue culpa mía que mi tío pasara a mejor vida. Y tampoco podría devolverle a este mundo quedándome en casa.

Otra farfulló:

—A mí me parece que temiste perder a tu acompañante... ¿De dónde

lo sacaste, cariño?

Berenice enseñó los dientes en una mueca.

—Misterio —dijo—. Tratad de adivinarlo.

Tiró de Sanger apartándolo del grupo. Mike sentía que le ardían las orejas.

—Ya está —comentó la muchacha con entusiasmo—. Ya les amargué la noche. Vas a ser el comentario obligado durante días.

—¿Eso te divierte?

—Conociendo a ese rebaño, me encanta. Ven, tengo mesa reservada para el desfile.

La mesa era diminuta. Había una multitud de esas gentes estiradas, y Mike comenzó a arrepentirse de haberse dejado arrastrar.

Les sirvieron unos helados martinis. Sonaba una música tenue que no apagaba el rumoreo de las conversaciones.

Después comenzó el desfile de modelos. Para Sanger, los modelos no le dijeron nada. Pero las modelos, sí.

Eran mujeres asombrosamente bellas, elegantes, delicadas. Cada uno de sus movimientos parecía el suave paso de un ballet cuidadosamente ensayado. Sus ojos paseaban por encima de la concurrencia cual si estuvieran situadas en una dimensión muy superior.

Berenice comentó:

—Te has quedado mudo, ¿eh?

—Bueno, yo siempre había pensado que las modelos de alta costura eran unas chicas lisas, sin nada delante, sin apenas caderas... Esas rompen el molde. ¡Y de qué manera!

Berenice ladeó la cabeza y fijó la mirada en las deslumbrantes modelos.

—Pues es cierto..., nunca antes había visto desfilar modelos como éstas...

—No vayas a sentir complejo. Tú las superas en todos los aspectos, Berenice.

Ella se echó a reír.

—Empiezas a reaccionar. Debe ser el martini.

Mike no pudo replicar, porque en su nuca sonó una especie de explosión. Luego, la voz estupefacta del comisario Bryner jadeó:

—¿Es usted realmente, Sanger?

—Hola, jefe. Pensé que debía seguir sus consejos y echar un vistazo a esas modelos...

—¿Qué?

—Recuerde, usted...

—¡Le aconsejé ver los modelos masculinos! No, tampoco fue así, maldita sea... Los vestidos. Le hablé de vestidos...

—¿Qué le ocurre, comisario?

Bryner se había hecho un lío. No le ayudó a serenarse la ardiente y

burlona mirada de Berenice. Se quedó prendido de ella como un insecto a una telaraña, casi olvidándose de respirar.

Mike suspiró:

—Berenice Faxon Allred, señor. De los Allred de El Valle. Este es el comisario Bryner, querida.

El comisario no se cayó de espaldas de milagro.

—Encantada, comisario —cacareó la muchacha—. Le felicito por la eficiencia de sus oficiales, ¿sabe?

—¿Se refiere al sargento Sanger?

—Claro que sí. Además, es el único que conozco.

—No hay otro. De modo que es eficaz...

No podía creerlo. Balbuceó una disculpa y se alejó casi a tientas. Mike sacudió la cabeza.

—Le has destrozado, Berenice. En realidad, creo que le has creado un complejo de inferioridad o algo así.

—Espero despertar en ti otra clase de complejo. Vamos a bailar un poco...

Se levantó, y tirando de él le arrastró hacia la pista de baile.

CAPÍTULO VI

—¡Sujétala, maldita sea!

El gruñido del tipo apagó los jadeos de la muchacha derribada en la arena. Los otros dos hacían cuanto podían por mantenerla inmóvil, pero la chica peleaba desesperadamente, tratando de morder la mano que la amordazaba y sacudirse las garras que intentaban clavarla en el suelo.

El rufián que había hablado se quitó el cinturón y lo hizo restallar en el aire.

—¡Quieta, imbécil de los demonios!—barbotó—. ¡Quieta o te arranco la piel a tiras!

Ella aún luchó unos instantes contra los dos cuerpos que la inmovilizaban. Luego, el del cinturón se echó encima de la muchacha en medio de excitadas risas de los otros y de sus soeces comentarios.

De pronto todo el cuerpo de la muchacha se tensó como un arco, y ni siquiera la mordaza consiguió ahogar su alarido. El que estaba sobre ella la abofeteó, una y otra vez, hasta que ella dejó de gritar.

—¡Así, gata, calladita..., así...! —jadeó.

Los otros la soltaron. No volvió a gritar mientras el rufián consumaba su bárbara acción. Después fue él quien casi gritó y se quedó quieto, tenso, jadeando como un fuelle.

Al fin se separó de ella. Por unos instantes la chica quedó extendida en la arena, a la sombra de las rocas.

La luz de la luna arrancaba destellos al mar. La muchacha lloraba con voz queda.

Uno de los otros gruñó:

—Ahora me toca a mí..., sujetadla si se mueve.

—Date prisa.

Ella dio un salto inesperado al ver inclinarse al segundo asaltante. Les pilló de sorpresa y consiguió alejarse unos pasos tratando de huir, chillando como una sirena.

El que la había violado fue quien la atrapó primero. Volteó el puño y la golpeó salvajemente tirándola dando tumbos contra las rocas, donde rebotó después de un tremendo impacto.

Cayó hecha un ovillo y ya no se movió, desmadejada sobre la arena.

El del golpe gruñó:

—Se ha desmayado. Aprovecha ahora, puede venir alguien...

El otro se tiró materialmente sobre la muchacha. Tras los primeros forcejeos quedó inmóvil. Su respiración se hizo silbante, y luego se apartó a saltos.

—¡Está muerta! —chilló—. Iba a hacerlo con una muerta...

Se apoyó en las rocas y empezó a vomitar.

Los otros se inclinaron sobre la muchacha. Tenía un cuajaron de

sangre en el parietal izquierdo, con el que había golpeado las rocas.

Hubo un breve silencio, tenso y lleno de espanto.

Después, el que la poseyera antes balbuceó:

—Hemos de largarnos de aquí... ¡Aprisa!

—¡Pero está muerta, Georges...!

—¡Ya lo sé, imbécil! ¿Qué quieres que haga, resucitarla? Deja de vomitar y vámonos de una vez.

Él echó a andar ajustándose los pantalones hacia donde tenían el coche. Los otros, uno tras otro, le siguieron casi gimoteando, arrastrando los pies en la arena. Instantes después el poderoso motor de un coche deportivo rugió en el desvío de la carretera, perdiéndose en las tinieblas como la sombra de la muerte.

Media hora más tarde, una pareja que andaba buscando un lugar romántico, tranquilo y solitario, descubrieron el cadáver y su romance se fue al diablo. Ya sólo pensaron en llamar a la policía.

Primero llegaron los componentes de un auto-patrulla. Vieron el cuerpo desnudo, desmadejado y muerto y no necesitaron el informe médico para saber lo que había sucedido. Uno se quedó junto a la desgraciada muchacha y el otro regresó al coche para radiar el suceso y el lugar donde estaba el cadáver.

Después, la noticia llegó hasta el comisario Bryner, en plena fiesta del Monopole.

* * *

Berenice detuvo el rojo bólido delante del edificio donde vivía Sanger. Apagó el motor y ladeándose se quedó mirando a su compañero con aquella lucecita irónica en sus hermosos ojos azules.

—Hemos llegado, sargento. Espero que se haya divertido.

—Me siento manejado, zarandeado y burlado. Quien se ha divertido a mi costa has sido tú.

Ella sonrió en la penumbra.

—Lo he pasado bien. Ha sido una noche estupenda.

—Querida, la noche aún no terminó.

—No escarmientas, ¿eh? Vuelves a las andadas con esa historia del apartamento, y el último trago y todo eso.

—Un trago, o un buen café, ¿qué más da?

—Mike, eres todo un caso. Dime una cosa, ¿cuántas de las chicas a quienes les propones eso aceptan?

—Te sorprendería saber lo alto de ese porcentaje.

—¿En la primera salida contigo?

—¿Qué andas buscando, descubrir mi técnica?

—Curiosidad. Pero de cualquier modo será otra noche, Mike. He de volver a casa.

—¿Es una promesa?

—Palabra de los Allred, de El Valle, como tú dices.

—Está bien, me rindo. Ya me ocuparé de recordártelo

Se inclinó hacia ella y la besó. Los labios de la muchacha eran gordezuelos y ávidos. Respondieron al beso como si de súbito se encendieran en una llama al rojo. Subió los brazos y los enredó en el cuello de él, de modo que el beso se convirtió en algo más, en un estallido que auguraba otra clase de juegos cuando llegara la ocasión. Ninguno de los dos oyó siquiera el chillido de los neumáticos del coche que se detenía detrás del «Healey». Una portezuela golpeó y alguien empezó a atravesar la acera al trote. Luego, los pasos se detuvieron, volvieron atrás y acabaron parándose junto al coche deportivo.

—¿Sargento?—tartajeó una voz—. ¡Eh, sargento...!

Mike volvió a este mundo como en sueños.

—¿Qué diablos pasa?

El agente uniformado se inclinaba un poco hacia adelante, deslumbrado por la belleza de la joven, por el profundo escote, por todo lo que ella insinuaba. Sanger soltó un taco:

—¿Qué demonios le pasa, Burges, perdió la voz?

—Este..., el comisario anda loco buscándole.

—El comisario siempre anda loco por una cosa u otra. Pero esta noche estaba en el Monopole. ¿Qué ha sucedido?

—Otra violación, sargento. Sólo que esta vez han asesinado a la chica. Sanger se puso rígido. Oyó confusamente la exclamación de Berenice.

—Tenía que suceder —masculló entre dientes—. Estaba seguro que acabarían así... ¿Dónde ha sucedido eso?

—En la playa. Una pareja descubrió el cadáver.

—Está bien, Burges, voy ahora mismo.

El policía retrocedió, aún encandilado. Berenice dijo en un susurro:

—Es horrible... ¿Quieres que te lleve a Jefatura?

—No, gracias, nena. Iré en el coche-patrulla. No olvides tu promesa.

Le rozó los labios ligeramente y saltó fuera del bólido rojo. Esperó a verlo alejarse y entonces se coló en el otro coche.

—Vámonos, Burges.

El coche salió zumbando, con la sirena aullando.

—¿Se sabe quién es la chica muerta?

—Creo que no ha sido identificada aún. El comisario se quedó en la playa para hacerse cargo del caso hasta que llegara usted.

—Habrá que oírle...

—Oiga, sargento, ¿cómo se las arregla para tener siempre una pájara u otra en la jaula?

—¿Cómo dijo?

—La chica, hombre —rió Burges—. No entiendo de dónde las saca usted.

—Tengo un criadero propio. Y si usted no se hubiese casado cuando lo hizo también podría tenerlo.

—Eso lo dudo. Nunca tuve suerte con las mujeres... Con la única que conseguí ligar me llevó de cabeza a la vicaría. A veces pienso...

Sanger ya no le escuchaba. Pensaba con amargura en la chica muerta, y en que tal vez esa muerte hubiera podido evitarse con un poco de colaboración por parte de una estirada dama de mal carácter.

CAPÍTULO VII

A la mañana siguiente, el comisario llegó a su despacho con una cara tan fosca que logró un silencio en las dependencias de la Jefatura sólo con su nerviosa presencia.

El agente Burges gruñó cuando su jefe hubo desaparecido:

—Cara de tormenta. Debe ser la resaca.

El sargento Sanger tuvo noticias de la presencia de su jefe cuando examinaba una colección de fotografías en color. Eran las fotografías de la muchacha muerta en la playa. Estaba de un humor de perros.

La llamada por el teléfono interior le hizo acudir ante el comisario, y en cuanto a mala cara, la suya no tenía nada que envidiar a la de su superior.

Tiró las fotografías sobre la mesa y gruñó:

—Vea eso, jefe.

Bryner las miró. Luego las apartó a un lado sin apenas prestarles atención.

—Vi a la chica al natural —refunfuñó—. ¿Qué hay del informe médico?

—Hablé con el doctor por teléfono. Desde luego, la violaron antes de matarla...

—Ya veo..., todo esto va a estallarnos en las narices. ¿No ha hablado esta mañana con su escultural amiga de anoche?

—No.

—Es una Allred...

—De segunda categoría, diría yo. ¿Qué pasa con ella?

—Pensaba que quizá necesitamos su ayuda, si usted la puede manejar Y por cómo estaban anoche yo diría que sí puede.

—¿Adónde cuernos quiere llegar?

Bryner suspiró, echándose atrás.

—Tengo noticias, sargento. Gerome Allred ha conseguido el apoyo del gobernador. Van a crucificarnos gracias a su maldita manera de tratarlos.

—Cuando llegue el momento me ocuparé de eso. Ahora lo que me preocupa es la muerte de esa pobre chica. Tenía dieciocho años.

—¡Maldita sea! ¿Y no le preocupa encontrarse de patitas en la calle? Pues a mí sí, y mucho. Debí estar loco el día que solicité un profesional a la policía de Los Ángeles..

—Puede despedirme si eso ha de hacerle feliz.

Sanger recogió las fotografías una a una. Bryner estaba rojo.

Giró sobre los pies y se dirigió a la puerta. Antes de salir dijo, volviéndose apenas:

—El día que para hacer mi trabajo deba establecer diferencias entre un aristócrata y otro ciudadano cualquiera, presentaré mi dimisión,

comisario.

Salió, un tanto asombrado de que su jefe no hubiera estallado.

Willy le cazó camino del laboratorio.

—¡Eh, sargento, tiene una chica esperándole!

—¿Una chica?

—Ha insistido en hablar sólo con usted.

—¿Dónde está?

—La llevaré a su despacho. Oiga, me parece que esta vez está jugándose el bigote, sargento.

—¿Bigote?

—Bueno, ya sé que no lo lleva... Quiero decir que está pasándose de rosca complicándose la vida con una menor.

A Sanger empezó a darle vueltas la cabeza.

—¿Qué ha bebido esta mañana, Willy? Porque no cabe duda que no habla mi idioma. ¿Qué es eso de una menor?

—La chica, quiero decir. Es casi una niña, pero a pesar de eso está chiflada por usted. No quiere ver a nadie más.

Mascullando un juramento, Mike Sanger cambió de rumbo dirigiéndose a su oficina. Abrió la puerta de golpe y la muchacha se volvió, rígida, en la silla.

—¡Hola, Jenny! —tartamudeó—. Me alegro de verte.

Cerró la puerta y estrechó la temblorosa mano de la muchacha.

—Bueno, di algo. Aquí no nos comemos a nadie, aunque sea alguien tan apetitoso como tú. Siéntate otra vez y cuéntame...

—Mi madre no sabe que he venido, sargento.

Él cabeceó. Fue a sentarse al otro lado de la mesa y encendió un cigarrillo, mirándola con afecto.

—Lo imagino —gruñó—. Ella y yo no hicimos buenas migas.

La muchacha parecía indecisa, como si no supiera exactamente qué estaba haciendo allí. Sanger sonrió y dijo:

—Creo que adivino por qué has venido, Jenny...

—Lo oí por radio —murmuró—. Usted lo adivinó... matarían si no se les detenía a tiempo. ¡Oh, sargento! Pienso que si le hubiese ayudado a tiempo quizá... quizá esa pobre chica aún viviría.

—Eso es algo que nadie puede saber, de modo que ese pensamiento no debe atormentarte. De cualquier modo fue tu madre la que negó tu colaboración.

—Ahora quiero ayudarle. Haré todo lo que usted me diga.

—Para empezar sólo hay una cosa que tú puedas hacer: identificar el tipo de coche que llevaban. ¿Crees que reconocerías el modelo si vieras la fotografía de otro igual?

—Estoy segura. Era un coche como no había visto otro nunca.

—Muy bien. ¿Has desayunado?

—Sí, claro.

—Yo, no. Te invito a una soda, o a un helado, vamos.

Sorprendida, ella se levantó. Mike se detuvo antes de abandonar el despacho.

—Aquí no disponemos de medios suficientes. No somos como esos polis de la televisión, con archivos electrónicos, y un batallón de expertos en cada especialidad, así que hemos de espabilarnos. El comisario lo llama chapuza...

Abrió la puerta y salieron. Los policías que haraganeaban por la jefatura contuvieron el aliento al ver al sargento en compañía de aquella belleza de quince años. Quien más quien menos le auguró un final catastrófico.

Atravesaron la avenida. Había un bar al otro lado y Mike llevó a Jenny hasta uno de los taburetes.

—Pide lo que quieras. Yo me conformo con café y tostadas, para abreviar.

La muchacha eligió una soda. Un minuto después susurró:

—¿Cómo... cómo la mataron, sargento?

—Estuve pensando en eso —gruñó él, saboreando el café—. Creo que no querían hacerle tanto daño. Quiero decir que me parece que no pensaban matarla. Quizá intentó escapar y la golpearon, con lo que su cabeza se estrelló contra las rocas. De cualquier modo es algo que van a pagar —terminó rechinando los dientes.

—¿La habían...? Bueno, quiero decir que...

—Sí, lo consiguieron. La pobre chica no tuvo tanta suerte como tú.

Ella desvió la mirada. Estaba muy pálida.

—¿Cree que fueron los mismos, sargento?

—Casi lo juraría. Eran tres, de eso no cabe duda. Encontramos sus huellas en la arena, y en torno a donde tuvieron el coche parado.

Jenny no pudo evitar un escalofrío. Terminó su soda y se quedó en silencio mientras Sanger acababa con su frugal desayuno.

—Ahora vamos a trabajar, aunque no lo parezca —comentó al salir del bar.

Recorrieron escasos metros por la acera, hasta una gran librería que mostraba centenares de revistas, periódicos y libros en los escaparates. Sorprendida, la muchacha siguió a Sanger hasta el mostrador. El dueño del negocio exclamó:

—¡Caramba, sargento! Sus suscripciones aún no han llegado... ¿Ha olvidado la fecha en que vive o qué?

—No me sorprendería olvidar hasta cómo me llamo. Queremos ver esas revistas de modelos de coches extranjeros que tiene, Harry. Coches deportivos exclusivamente.

—¿Piensa cambiar ese viejo cacharro que lleva?

—Qué más quisiera.

—Veamos, ¿de qué nacionalidad los quiere? Hay estupendos

deportivos ingleses, italianos...

—Maldito si lo sé. Descapotables. Empiece por los ingleses si le parece.

El librero eligió un puñado de revistas y dejándolas sobre el mostrador dio una mirada curiosa a la muchacha.

—Aquí tiene, Sanger. Me gustaría tener cualquiera de esos bólidos, si pudiera permitírmelo.

La muchacha se inclinó sobre las páginas, viendo destilar los estilizados coches deportivos, reproducidos a todo color.

El librero se fue a atender otros clientes. Mike dijo:

—Tómate tiempo, Jenny. Quiero que si lo identificas estés absolutamente segura de que...

—¡Este!

Sanger dio un respingo. El dedo de la muchacha señalaba un alargado «Jaguar» deportivo. Un coche con un capó larguísimo, descapotado.

—¿Seguro que era ése?

Ella asintió.

—La única diferencia era el color, sargento. Este es rojo y el de esos canallas estaba pintado de azul claro. Pero estoy segura... Era éste.

Sanger suspiró,

—De acuerdo, pequeña. Es como si ya los tuviéramos en una celda. ¡Harry!

—¿Se ha decidido por el que quiere?—rió el propietario de la librería.

—Ya lo creo que sí. ¿Qué vale esta revista?

—Tres con setenta.

—Bueno...

Dejó el dinero sobre el mostrador y casi empujó a la muchacha hacia la salida llevándose la revista.

—Me has ayudado como no te imaginas, Jenny. Ahora vuelve a casa antes que tengas dificultades con tu madre.

—Ya no me importa —rechinó la chica—. Quiero que los detengan...

Se quedó mirando a Sanger con sus grandes y luminosos ojos. Sonrió y antes de alejarse aún susurró:

—Usted les cazará, estoy segura. Ojalá les haga pagar todo el daño que han hecho.

Él la siguió con la mirada hasta que se perdió entre el gentío.

Entonces atravesó la calle y entró en la jefatura entusiasmado.

—¡Willy!

—Sí, sargento...

—Venga conmigo.

En su despacho arrancó la página de la revista con la foto del «Jaguar».

—Quiero que vaya a casa del fotógrafo y le pida que saque veinte o treinta copias de este modelo. A todo color, insista en eso. Y las quiero

de inmediato. Que deje todo lo que esté haciendo, así se trate de las fotografías de la boda del alcalde...

—¡Oiga, el alcalde tiene sesenta años y se casó hace más de treinta...!

—¡Willy!

—Sí, señor. Quiere las fotografías ya, ahora mismo. Entendido.

—Cuando las tenga, quiero que todos los coches salgan hacia todas las gasolineras del condado. Que enseñen la foto y averigüen si alguno de los empleados recuerda un coche como éste, pero de color azul claro, y a quién pertenece si es posible. Deben repostar en alguna parte, de modo que un auto tan espectacular como ese bólido debe haber llamado la atención.

—Comprendo. Hay que encontrar ese coche, pero de color azul claro.

—Ni más ni menos.

—Déjelo en mis manos.

Y salió zumbando.

El teléfono comenzó a sonar apenas se hubo cerrado la puerta.

—¡Hable!

—¿Sargento? Burges, por la radio... Un asesinato.

—Lo que faltaba.

Salió refunfuñando hasta la centralita de control. El aparato crepitaba como un enjambre de abejas y eso le hizo pensar una vez más que ya empezaba a ser hora de pedir otro nuevo.

Tomó el micrófono y exclamó:

—¿Burges? Habla Sanger.

—Hola, sargento. Hay un tipo despanzurrado en el cruce de Browne y Market, cerca del mirador. Un disparo, en los sesos.

—De acuerdo, iré para allá.

—Está metido en un coche de los que no se ven muchos.

Por un instante, Sanger sintió un escalofrío en la espalda.

—¿Un «Jaguar» azul claro? —barbotó.

—¿Un qué? No, hombre. Un «Lincoln Continental» último modelo.

Dejó que la voz del agente siguiera charlando por el aparato y se dirigió en busca de su propio coche.

El baqueteado «Ford» hizo unos ruidos raros antes de acceder a ponerse en marcha. No era sólo la emisora de radio lo que había que cambiar y pronto. La emisora, tarde o temprano, la pagaría el municipio. El coche no y ahí estaba la dificultad.

De un humor de perros, Mike Sanger enfiló la salida de la ciudad y hundiendo el acelerador intentó que el coche cumpliera con su deber.

Lo consiguió sólo a medias.

CAPÍTULO VIII

El gran coche estaba parado a un lado de la carretera, con las ruedas metidas en la cuneta de cemento. Más allá, el auto-patrulla había sido colocado de modo que desviara la circulación hacia el otro lado, y el de Sanger, polvoriento, había quedado delante del largo capó del «Lincoln» gris plata.

El cadáver estaba sentado ante el volante, recostado contra el amplio respaldo, y lo que quedaba de su cabeza había arruinado la costosa tapicería de piel auténtica.

El guardia comentó:

—Le dispararon desde la ventanilla. La bala se ha llevado la mitad del cráneo por delante al salir, sargento. Es una chapuza asquerosa.

Sanger gruñó algo entre dientes.

—El coche estaba tal como lo ve usted —siguió el policía—. Me pregunto por qué paró, por qué se detuvo.

—Para recibir el plomo —gruñó el sargento, apartando la mirada del atroz espectáculo—. ¿Sabe de quién se trata?

—Según la documentación del coche, el propietario es Boothon Masau, domiciliado en El Valle.

—¿El Valle?

—Seguro, en la avenida Los Tilos.

—Eso pondrá enfermo al comisario.

La llegada del médico forense acabó con los comentarios. Sanger encendió un cigarrillo, recostado contra su auto. Más tarde, el médico cerró la portezuela del «Lincoln» y fue a reunirse con él.

—Otro caso claro —dijo—. Y éste sí le pertenece, sargento. Es un asesinato con todas las letras.

—Ya lo sé, doc. Alguien obligó a ese tipo a meter el coche en la cuneta y acercándose a la ventanilla le descerrajó un tiro. Punto.

—Cualquiera diría que le dispararon con un cañón. Le volaron la mitad de la cabeza... ¿Un «45» tal vez, sargento?

—Probablemente. Lo sabremos si la bala se incrustó en la carrocería al salir, pero si se perdió por la ventanilla del otro lado... Bueno, entonces la cosa se complicará bastante. ¿Conocía usted a ese desgraciado?

—Cualquiera sabe. No queda mucho de su cara.

—Se llamaba Boothon Masau. Vivía en El Valle.

El médico arrugó el ceño.

—No —gruñó—. No creo haberle conocido. Oiga, ¿tiene un cigarrillo? Sanger le pasó uno distraídamente. Como si hablara consigo mismo masculló:

—Soplan malos vientos para la gente de El Valle, ¿no le parece?

El médico se encogió de hombros.

—Va a rachas, sargento. Recuerde, hace un año o así, cuando hubo una serie de asesinatos, suicidios y atentados en el distrito de la playa. Pareció que la gente se había vuelto loca.

—Sí, ya lo recuerdo.

—Bien, ya nos veremos..., tendrá el informe como de costumbre.

Mike esperó a que llegara la ambulancia. Vio cómo se llevaban el cadáver y cómo los policías de los coches obligaban a circular a los curiosos que paraban en medio de la carretera.

Al fin se dirigió al «Lincoln». Un guardia gruñó:

—Habrà que avisar a la familia...

—Hay tiempo.

Abrió la portezuela. El asiento estaba hecho un asco.

Inclinándose sin tocarlo, dio vuelta al encendido. El motor zumbó suavemente. Lo apagó de nuevo.

—Bien, no se detuvo por ningún fallo del coche. Le obligaron a parar. Ocúpese de que retiren este acorazado cuanto antes.

Regresó al centro más malhumorado que nunca.

* * *

Sanger daba cabezadas, sentado ante su mesa, cuando sonó el portazo. Levantó la cabeza y vio al comisario plantado allí, que le miraba acusadoramente.

—No creo que el municipio le pague el sueldo para venir a dormir a este despacho...

—Tiene razón, comisario. A estas horas debería estar durmiendo en mi apartamento. Nadie me paga estas horas extras.

Bryner resopló como una foca.

—Tiene siempre la respuesta a punto. Por su propio bien espero que la tenga también cuando el gobernador le crucifique.

—No me diga que va a venir...

—Según parece, vendrá para escuchar personalmente los agravios que los Allred tienen contra el departamento de policía.

—Ya veo.

—Así que piense algo, sargento. Usted es el que tiene la mente brillante en esta casa. Por lo menos, es el profesional.

—Los sarcasmos no le llevarán a ninguna parte, jefe.

Bryner seguía echando chispas. Se dejó caer sentado en una destartalada silla y gruñó:

—Aprovechando que aún está trabajando para el departamento, ¿qué ha averiguado respecto al asesinato de Boothon Masau?

—Apenas nada. Salió de su residencia más tarde que de costumbre. Estuvo encerrado en su estudio durante un par de horas, cosa desacostumbrada en él a semejantes horas de la mañana. Anoche dio muestras de nerviosismo e irritación, y esta mañana ni siquiera se

despidió de su mujer cuando abandonó la casa.

—¿Eso es todo?

—Casi. Hay algo más, pero aún no sé qué sentido tiene.

—Bueno, suéltelo.

—Stone, el agente que estaba de servicio anoche, asegura que vio ese «Lincoln» plateado detenerse ahí delante. Estuvo parado casi un minuto y luego se largó.

—¿El coche de Masau?

—Ajá. Paró delante de Jefatura, aunque nadie se apeó de él. A Stone le llamó la atención porque era un coche espectacular, por eso se fijó en él. Pero después se puso en marcha y desapareció.

—Podía tratarse de otro semejante...

—Era ése. Stone recuerda el adorno niquelado del capó. No es un accesorio de serie, sino que fue comprado en una tienda e instalado por el taller local. Lo he comprobado.

—¿Y qué le sugiere a usted esa extraña conducta?

—Sólo se me ocurre una cosa, comisario. El dueño del coche vino para hablar con la policía. Al llegar aquí dudó. Quizá temió la publicidad, o que se viera envuelto en un escándalo y acabó largándose. Esas gentes tan rudas para los negocios tienen el techo de cristal, si sabe lo que quiero decir.

Bryner refunfuñó entre dientes. Al fin sacudió la cabeza, como si quisiera librarse de sus sombríos pensamientos, y preguntó:

—¿Encontraron el proyectil que lo mató?

—No, señor. Debí salir por la otra ventanilla, que llevaba abierta. Pero la dispararon con un arma de gran calibre a juzgar por los destrozos que hizo la bala. Un «45», una «Parabellum» tipo guerra... Cualquiera sabe.

—Oiga, sargento... Este... ¿Qué me dice de la joven que le acompañaba anoche?

—¿Berenice?

—Esa Allred...

—¿Qué pasa con ella?

—Estoy pensando que su ayuda nos caería muy bien cuando llegue el gobernador, sargento. Usted sabe cómo manejar a las mujeres y...

—Olvídelo.

—¿Por qué? Está jugándose el empleo y lo sabe.

—Si las cosas se ponen tan mal, tampoco su empleo estará muy seguro, ¿eh, comisario? Pero eso no justifica que yo vaya de rodillas a los Allred pidiéndoles clemencia

Con un gruñido, Bryner abandonó la silla y encaminándose a la puerta espetó:

—Debí despedirle hace mucho tiempo, Sanger...

Salió con otro portazo. Mike suspiró, fastidiado.

El teléfono sonó y descolgándolo de un zarpazo ladró:

—¡Hable! ¿Qué pasa ahora?

—¡Eh! Otro aullido y me rompes el tímpano.

—¡Berenice!

—La misma. ¿Quién creías que era, tu jefe?

—Debes tener poderes extrasensoriales. Estuvimos hablando de ti no hace ni medio minuto.

—¿Quiénes?

—El comisario y yo.

—¿Fue una conversación obscena tal vez?

—La conversación, no. Las intenciones quizá sí. ¿Qué sucede para que estés danzando a estas horas?

—Bueno, pensaba en ti. Llamé esta tarde, pero estabas ausente. Fui a un cine, de compras, comí algo en algún sitio y ahora me disponía a regresar a casa. Pero decidí probar suerte y aquí estás.

—Más despacio, ciclón. ¿Quieres decir que hablas desde la ciudad, no estás en esa choza de los Allred?

—Estoy exactamente en el Dome.

—Pues elegiste el lugar ideal —rió Mike entre dientes—. Espérame ahí si no tienes algo mejor que hacer.

—No tardes.

Salió a escape. Cuando apartaba el coche de la acera, un agente salió dando gritos pero no se detuvo. Aceleró y enfiló el camino de la playa.

CAPÍTULO IX

El Dome estaba bastante concurrido. Había unos cuantos golfos en la barra, y otros contándose sus cosas en las mesas.

Sanger entró y todas aquellas miradas convergieron sobre él, recorriéndole de arriba abajo con interés profesional. No eran tontos. Tenían experiencia. Las miradas se apartaron apresuradas, para dedicarse de nuevo a lo suyo.

Al fondo, cerca del teléfono, Berenice esperaba. Había una mirada divertida en sus ojos azules.

—Comprendí lo que quisiste decir cuando me fijé en el ambiente —dijo, susurrante.

—Seguro, no es difícil. Dentro de un rato habrá más movimiento aquí. Entonces, los maricas opulentos empezarán a bajar de sus palacios de cristal de El Valle y de Las Colinas.

—¿Quieres decir algo concreto con eso o se trata sólo de un comentario ingenuo? Hay maricas fuera de El Valle también.

—Olvidé que tú vives allí.

—Pero es obvio que yo no soy marica.

—Ahora que lo mencionas, quizá lo seas. En este tiempo en que están de moda los travestís uno nunca está seguro de nada. Habré de comprobarlo, y pronto.

Berenice se echó a reír. Mike pidió una bebida y dejó unas monedas sobre el mostrador.

Ella le pidió:

—Háblame de esa conversación con tu jefe.

—Oh, eso. No tiene ninguna importancia. El comisario se preocupa por su futuro.

—No entiendo nada.

—Teme a los Allred, al gobernador. En realidad, le teme hasta a su mujer,

—Comprendo. Quería que yo intercediera cerca de mi tío... ¿Es eso?

—Ciertamente. Me negué a pedírtelo. No le gustó.

—Bueno, aunque yo accediera no conseguiría nada, sólo envenenar más las cosas. Mi tío Gerome me detesta.

—Y tu otro tío, el suicida. ¿Qué tal te llevabas con él?

—Bien. Tío Herbert era muy distinto de su hermano. Él me quería. En realidad era el único de toda la familia. Todos los demás... En fin, corramos un tupido velo sobre las miserias domésticas. ¿Qué tal si salimos a divertirnos un poco?

—Seguro.

Dio un sorbo a su bebida y abandonaron el bar, ante el descarado alivio de los delicados clientes que aguardaban a las opulentas carrozas que no tardarían en llegar.

—¿Trajiste esa chatarra que llamas coche?

Mike soltó un bufido.

—No te burles. Hasta ahora no me ha fallado nunca. ¿Dónde dejaste tu bólido?

—En un aparcamiento, cuando fui de tiendas.

—No veo que lleves las compras contigo.

—¿Por quién me tomas? Lo tomarían como una vejación o algo así. Las tiendas se rompen los cascos para llevarnos a casa todo lo que compramos.

—Claro, debí imaginar algo así.

Abrió la portezuela de su «Ford» y la muchacha se deslizó en el abollado asiento. Cuando el motor petardeó antes de ponerse en marcha comentó:

—Ahora es cuando me doy cuenta de la tacañería del municipio, Mike. Deberían pagarte lo suficiente para que pudieras comprarte otro coche.

Él soltó un gruñido y el embrague, todo a un tiempo.

El embrague desajustado hizo que el auto diera un salto adelante antes de tomar su velocidad normal.

—Tiene sus ventajas —dijo Sanger—. Le proporciona a uno esa sensación de suspense cada vez que lo pongo en marcha. Nunca sabes si echará a andar o si estallará en mil pedazos... ¿Tienes un lugar concreto adonde quieras ir o lo dejamos al azar?

—¿Azar? No, gracias. Acabaríamos en tu apartamento. Hoy tengo el ánimo juvenil. Llévame a cualquier discoteca de la playa.

Poco más tarde estacionó el coche entre un muestrario de autos viejos, pintarrajeados con explosivos letreros, figuras obscenas, frases y *slogans* para todos los gustos y que sólo tenían en común sus motores trucados y ruidosos y las innumerables abolladuras de las carrocerías. Desde el exterior podía oírse el estruendo de una música infernal que atravesaba incluso las paredes.

—¿Es eso lo que quieres?—rezongó Sanger,

—Por un rato, sí. Lo que me gustaría saber es por qué elegiste esa discoteca y no otra.

Él se encogió de hombros.

—Por lo menos, ésta la conozco. Hicimos una investigación aquí.

Paseó la mirada por entre los coches. Sacudió la cabeza y entraron.

El humo les golpeó como una bofetada. El estruendo era capaz de romper un tabique, y la casi absoluta oscuridad permitía vislumbrar, como en una pesadilla del infierno, las imprecisas siluetas que se contorsionaban en la pista en una danza endiablada.

—Hay una barra a la izquierda, y si uno tiene suerte incluso puede sentarse a una mesa tan grande como un dólar de plata. ¿Qué prefieres?

Ella se echó a reír.

—¡El mostrador! —chilló para hacerse oír.

Fue toda una odisea abrirse paso hasta la barra. Uno no sabía exactamente si ponía los pies sobre los callos de alguien o encima del trasero de quienes habían decidido descansar un rato.

El hombre de la barra gruñó una pregunta. Con toda seguridad no entendió una palabra de lo que le pidieron, pero en unos segundos reapareció con dos vasos y los dejó delante de la pareja.

Volvió a decir algo.

Mike gritó:

—¿Qué?

—¡Cuatro! ¿Está sordo, amigo? ¡Cuatro dólares!

Sanger dejó el dinero encima del mugriento mostrador. El tipo se inclinó para recogerlos y sólo entonces descubrió su cara.

Dio un respingo. A regañadientes, empujó los billetes hacia Mike.

—Haberlo dicho antes —farfulló.

—Cobre. No estoy de servicio esta noche, pero no admito invitaciones. Gracias de cualquier modo.

Lo pensó un poco. Acabó embolsándose los billetes y luego dijo a gritos:

—¡No he vuelto a verlos! ¿Entiende?

—¿Ni ha recordado nada sobre ellos?

—¡Nada!

Y se largó.

Berenice estaba intrigada.

—¿Es un cambio de contraseñas, o puedo saber qué diablos estabas hablando con esos gritos?

—Buscábamos a los violadores. Fue de esta discoteca de donde se llevaron a una chica, la noche que yo les estropeé la fiesta. Ese tipo de ahí creyó recordarlos cuando se los describí, pero no estaba seguro. En realidad, creo que ni siquiera está seguro ahora.

—Entiendo. Esos de que hablas, ¿son los mismos que mataron a esa otra chica?

—Yo opino que sí.

Probó su bebida. Se sorprendió de que fuera un whisky y lo apuró. Encendió un cigarrillo y Berenice propuso:

—¿Salimos a bailar?

—¿En medio de esos watusi en pie de guerra? Soy demasiado viejo para ese ejercicio.

—Lo que te pasa es que te sientes viejo, Mike. Viejo y amargado quizá. O estás cansado. Una cosa es ser viejo, y otra distinta sentirse tan anciano como Matusalén.

—Eres tú quien quiso venir a un manicomio como éste. De cualquier modo, si quieres mover el cuerpo no tienes más que meterte en medio

de esa barahúnda. Nadie baila con nadie, así que no notarás la diferencia.

Ella se echó a reír. Inclinandose hacia él dijo:

—¿Qué te pasa realmente, querido?

—No lo sé, debo estar en mis horas bajas. ¿Tanto se me nota?

—Horrores. La otra noche estuviste hasta brillante, para envidia de todo el rebaño de cotorras que llenaban el Monopole, pero hoy pareces otro hombre.

—Quizá fue por el smoking—refunfuñó—. ¿Tienes ya suficiente ruido por hoy o quieres seguir aquí?

Ella sacudió la cabeza.

—Salgamos.

Fuera, el aire marino les libró del humo y del estruendo. Caminaron un poco por las rocas, sobre la misma playa. De pronto, él se detuvo y tomándola por los codos se quedó mirando sus ojos que brillaban en la oscuridad.

—¿Sabes una cosa? Creo que lo que necesito está aquí, al alcance de la mano.

—Pues tómalo.

E inclinó la cabeza y sus labios se estrellaron casi con violencia. Berenice se colgó de su cuello. Sintió el cosquilleo del beso penetrarle hasta sus fibras más íntimas, como una ligera corriente eléctrica que la hacía vibrar apretada contra el cuerpo de Sanger.

Cuando se separaron ella aspiró profundamente.

—¿Te sientes mejor?

—¿Y tú?

—Como si flotara en el aire. Ven, vayamos a la playa.

El rumor del mar les recibió, como dándoles la bienvenida. El chapoteo de las olas parecía morir entre la blanca y mansa espuma. Se detuvieron juntos, contemplando el brillo plateado de la luna sobre el agua.

De pronto, Berenice susurró:

—Apuesto que eso es más hermoso que tu apartamento...

—Pero no tan cómodo.

Sanger no supo nunca qué fue lo que ella hizo. Cuando lo advirtió, el vestido había caído a sus pies y tuvo una visión cegadora de un cuerpo perfecto y que bajo la luz de las estrellas tenía tonos cobrizos.

Se dejaron deslizar sobre la arena en silencio. Sabían que no necesitaban palabras para ese diálogo en la oscuridad.

Cuando él se hundió en ella fue como si se sumergieran en las profundidades del mar.

CAPÍTULO X

Acababa de dormirse cuando el sonido del teléfono le despertó.

Aturdido, gruñó y sacudió la cabeza, incorporándose.

Atrapó el auricular y rezongó:

—¡Sanger al habla!

—¿Sargento?

—Suéltelo, Dill, reconozco su voz. ¿Qué tripa se le ha roto? Acaba de estropear mi primer sueño.

—¡Ja! Le he llamado doscientas siete veces esta noche. ¿Dónde diablos se había metido?

—Al grano.

—Sí, claro... ¿No me oyó cuando salí a la puerta llamándole a gritos?

—¿Cuándo fue eso?

—En el mismo instante en que usted se alejaba con su coche.

—Hace horas y horas de eso...

—Y desde entonces estoy dándole al teléfono.

—Aún no me ha dicho a qué obedece su interés.

—Se trata de Willy. Parecía muy excitado cuando habló por radio. Dijo que había encontrado el «Jaguar». Supongo que se refería a un coche, ¿eh?

Sanger dio tal salto que aterrizó de pie fuera de la cama.

—¿Dónde está ahora?

—No lo sé. Se comunicó dos veces más, impaciente por hablar con usted. Creo que él también intentó localizarle por teléfono.

—¡Maldita sea! Si llama otra vez, que deje dicho dónde se encuentra. Yo salgo ahora mismo para Jefatura.

Colgó de golpe. Dio un vistazo al reloj. Señalaba las tres y algunos minutos de la madrugada.

Pensó en Berenice, en la playa, en el fuego de aquella muchacha. Pensó que si no hubiera sido por ella a estas horas tendría en sus manos a los violadores y soltó un taco.

Cuando llegó a Jefatura, Dill sacudió la cabeza.

—No ha llamado aún. Están intentando localizarle por radio, pero no responde. Es muy raro, ¿no le parece?

—Quizá está siguiendo al propietario del «Jaguar». Sigán intentándolo.

Se fue a su despacho. Durante su ausencia había llegado el informe del forense referente a la autopsia del cadáver de Boothon Masau. No contenía nada que no supiera ya. El informe del examen del «Lincoln» tampoco ofrecía posibilidades. No había otras huellas que las del difunto propietario y algunas otras, antiguas y borrosas.

Durante los siguientes quince minutos espoleó al encargado de la central de comunicaciones hasta ponerle más nervioso de lo que ya

estuviera.

Luego, de pronto, llamaron a su puerta y Dill asomó la cabeza.

—Han encontrado a Willy, sargento.

Algo en la voz opaca del hombre hizo que Sanger se levantara poco a poco.

Dill añadió, sombrío:

—Están camino del hospital.

—¿Willy...?

—Estaba agonizando cuando descubrieron su coche. Él estaba caído en el suelo, a un lado. Dijeron algo de dos cuchilladas.

Fuera de sí, Sanger descargó un tremendo puñetazo contra la mesa. La mesa resistió, pero a él le quedó el brazo igual que paralizado. Dill gruñó:

—Tómelo con calma. No sabe aún lo que...

—¡Sé que si yo hubiera estado aquí Willy no estaría muriéndose!

Salió disparado, y mientras conducía rumbo al hospital hubiera querido disponer del bolido de Berenice, en lugar de su viejo armatoste.

Llegó al mismo tiempo que la ambulancia. Vio la cara lívida del inconsciente policía y rechinó los dientes, entrando detrás de los enfermeros.

Cuando se detuvieron a la puerta del quirófano masculló:

—¿Está vivo?

—Sí, pero...

Ese «pero...» se quedó flotando en el aire cuando desaparecieron más allá de las puertas automáticas. Instantes después apareció el médico encargado de las urgencias. Mike le atrapó antes de que entrara en el quirófano.

—Doctor, ¿habría alguna manera de que ese hombre pudiera hablar, aunque sólo fueran unos segundos?

—¿Cómo puedo saberlo? Todavía no he visto al paciente... ¿Quién es usted?

—Sargento Sanger, de Homicidios.

—Ya veo... Entre.

Le siguió. Willy parecía realmente muerto, tendido sobre la mesa. Estaban quitándole las ropas cortándolas con unas afiladas tijeras.

El doctor se inclinó sobre él. Habló en voz baja con otro individuo vestido de blanco, y luego, volviéndose, gruñó:

—Está acabándose, sargento. Haré todo lo que pueda, pero por descontado no espere oírle hablar. Y ahora, por favor, salga de aquí.

Abandonó el quirófano sintiéndose poseído por una rabia sorda, un furor que crecía como una marea.

Fuera estaban los dos patrulleros que habían encontrado a Willy.

—Bueno, cuéntenme. ¿Qué pasó?

Burges se encogió de hombros.

—Vimos el auto-patrulla de Willy parado en el cruce de la 101 y el paseo de El Valle. Nos extrañó, porque él no estaba de servicio esta noche, y menos en nuestra demarcación. Bueno, paramos, y allí estaba, cubierto de sangre y más muerto que vivo.

—Siga.

—Tenía una cuchillada en el vientre y otra en el pecho. Confieso que creí que estaba muerto, pero cuando le cambiamos de posición se quejó.

—¿Pudo hablar, dijo algo respecto a un coche?

—No..., sólo murmuró palabras incomprensibles. Creo que quería decir algo sobre una gasolinera de la 101... La Shell, de Terry Mortenson, ya le conoce.

—Vamos, iremos allí, y rápido.

Los dos policías corrieron tras él. Burges saltó ante el volante y su compañero se acomodó a su lado, mientras Sanger se instalaba atrás.

—Conecte la sirena —gruñó—, y haga volar este trasto, Burges. Cuando pasemos junto al coche de Willy, deténgase un momento.

—Muy bien.

El coche salió zumbando, y la sirena empezó a aullar escandalosamente. Burges hundió el acelerador y pronto la carrera se convirtió en una pesadilla, antes no pudo salir de la ciudad y acelerar todavía más por la carretera 101.

—¿Qué le pasa, cree que vamos de paseo? —bufó Mike.

Burges dio un vistazo al tablier. El cuenta millas indicaba una velocidad de noventa millas por hora. Casi ciento sesenta kilómetros. Soltó un gruñido y apretó un poco más. La aguja llegó a cien, osciló un poco y rebasó la cifra como a regañadientes.

Poco después redujo la velocidad. El coche patrulla, con las luces apagadas, estaba detenido más allá del cruce.

Pararon a su lado. Sanger se apeó. Vio primero el charco de sangre seca en el asfalto. Abrió la portezuela y entró en el auto. El interior estaba limpio de sangre. No había una sola gota.

—Le atacaron fuera del coche...

Encendió las luces interiores. Todo parecía en orden allí, incluso el potente rifle sujeto al techo, sobre las puertas del lado derecho.

En el tablier, como en todos los coches, había un artificio que contenía una libreta de apuntes y un lápiz de grafito. En la página había un número escrito. El número de una matrícula sin duda.

Mike sintió un escalofrío. Arrancó la página y abandonando el auto dijo:

—Sigamos, Burges, hacia la gasolinera de Mortenson. Y esta vez quiero que vaya más aprisa, ¿entiende?

Burges maldijo en voz alta, pero manejó el coche cual si quisiera

ganar el Gran Premio de Le Mans.

Las luces de la gasolinera brillaban en la noche. La carretera estaba desierta y un empleado soñoliento apareció cuando Burges frenó, haciendo rechinar los neumáticos.

Mike atrapó al tipo y le espetó:

—¿Estuvo aquí otro policía esta tarde, un agente llamado Willyam Doyle?

—Willy... Sí, habló con el patrón.

Sanger rodeó las instalaciones del negocio. A unos doscientos metros se alzaba el *bungalow* del propietario. Era un hombre de cuarenta años, obeso y bonachón. Pero incluso así le sentó fatal que le sacaran de la cama a semejantes horas de la mañana.

—¡Claro que estuvo hablando conmigo! —barbotó a las primeras de cambio—. Traía la fotografía de un «Jaguar»...

—¿Lo recordó usted?

—Seguro. Viene a repostar de vez en cuando. Un bolido azul claro y rutilante, siempre sin una mota de polvo. ¡Ya lo creo que recuerdo ese coche!

—¿Y a quién pertenece?

—Oh, bueno, eso no lo sé. Tampoco pude decírselo a Willy.

—¿Y no le dio usted la matrícula tampoco?

—¿Matrícula? Estaría apañado si hubiera de recordar los números de matrícula de todos los coches que pasan por aquí. No, no pude ayudarle más que en eso, en decirle que ese «Jaguar» venía de vez en cuando.

—Ya veo... Y siempre limpio, según dice.

—Como un espejo.

—Un chófer, entonces.

—¿Qué?

—Lo cuida un chófer, eso quiero decir. Los golfos que lo manejan no creo que sean tan cuidadosos... Gracias, Mortenson.

—Pero bueno, si yo le conté todo eso a Willy..

—Willy está muriéndose, si no ha reventado ya.

Sanger se fue al trote hacia el coche.

—Ya podemos regresar, Burges. Al hospital, y sáquele el jugo a esta tartana.

Volaron de regreso.

Los enfermeros de servicio le dijeron que el agente herido continuaba en el quirófano y que, de momento, resistía la intervención quirúrgica. Se encaminó a Jefatura, sombrío y furioso. La noticia se había extendido entre los escasos agentes de guardia y se notaba la tensión en el ambiente.

Tras encerrarse en su despacho estableció comunicación por teléfono con la policía de Los Ángeles. Una voz aburrida le atendió.

—Tengo la matrícula de un coche que necesito identificar. Una matrícula de Los Ángeles...

—Hasta las ocho de la mañana no creo que...

—Tome nota, y recomiende que se trata de un caso urgente —rechinó, furioso—. ¿O es que ahí sólo trabajan de día?

—Oiga, sargento, o quien sea. El horario depende de los departamentos. Los registros de tráfico...

—No me cuente la historia, sólo tome nota.

Dictó el número de la matrícula que había encontrado en el coche de Willy. No esperó ninguna conformidad, sólo colgó, refunfuñando, y por alguna extraña razón ya no envidió tanto a los policías de la gran ciudad.

Empujó el sillón hacia atrás, colocó los pies sobre la mesa y cerrando los ojos se quedó dormido al instante.

CAPÍTULO XI

Despertó cuando una mano indecisa le sacudió por el hombro.

—¿Qué...?

—Sargento... Ha amanecido hace rato.

Dio un respingo y casi volcó el sillón hacia atrás.

El agente explicó:

—Vine antes, pero estaba tan profundamente dormido que le dejé en paz. Todo lo que tenía que decirle es que Willy aún vive. Salió bien del quirófano y según los médicos tienen una oportunidad todavía.

Sanger suspiró.

—Gracias, Dill. Es una buena noticia.

—También le desperté porque el comisario está en camino. Hubo que avisarle.

—Claro.

Se quedó solo, soñoliento, aturdido y furioso.

El comisario Bryner llegó quince minutos más tarde. Por la ventana abierta penetraba el sol de la mañana y un polvillo dorado flotaba en el aire.

—Bueno, cuénteme, sargento. ¿Quién hirió a Willy?

—No lo sé aún.

—Espero que haya hecho algo para averiguarlo al menos. Después no creo que le quede mucho tiempo.

—¿Por qué no?

—El gobernador llegará alrededor de las diez, y ha fijado una reunión en la alcaldía. Usted y yo habremos de asistir, y es posible que cuando salgamos ya no seamos policías. Por lo menos, usted.

—Tendrán que esperar...—rechinó Sanger entre dientes.

—¿Esperar?

—Eso dije.

—Usted ha perdido la chaveta. Nadie puede dar un plantón al gobernador. Usted acudirá lo mismo que yo, y métase en la cabeza que todo lo que está sucediendo fue usted quien lo provocó, así que ahora dará la cara. ¡Pues no faltaría más!

Sanger se levantó. Sentía un cansancio mortal.

—Ahora escúcheme usted a mí, comisario —dijo con voz silbante, dominado por la cólera—. Estoy haciendo mi trabajo lo mejor que sé. Y seguiré haciéndolo hasta atrapar a los bastardos que violaron y mataron a una chica, y continuaré haciéndolo hasta que le eche mano al hijo de perra que acuchilló a Willy. Y haré todo eso le guste a usted o no. Le guste al gobernador o no. Les guste a los Allred o no. ¡Le guste al infierno o no, comisario!

Bryner retrocedió un paso. El rostro de Sanger era una máscara pálida y tensa.

Mike Sanger volvió a sentarse. Buscó un cigarrillo, y estaba encendiéndolo cuando el teléfono sonó.

La voz del encargado de la central gruñó:

—La policía de Los Ángeles al aparato, sargento. Algo referente a una matrícula de coche...

—Páseme la comunicación.

Escuchó exhalando el humo del cigarrillo. Bryner le vio ponerse súbitamente rígido. La máscara que era su rostro se tensó aún más. Luego, todo su cuerpo pareció relajarse y echándose atrás en el sillón colgó el teléfono.

—Bueno, ¿qué pasa ahora, no tiene nada que decir?

Miró a Bryner como si no le viera.

—Nada, comisario. Simple rutina.

Bryner se fue bufando. Ya casi había salido cuando, deteniéndose, preguntó por encima del hombro:

—¿Qué se sabe de Willy?

—Nada.

—¿Cómo?

—¿No estuvo usted en el hospital?

—No tuve tiempo. Los Allred...

Calló al ver la salvaje mueca del sargento. Cerró la puerta sin añadir más y Mike quedó solo de nuevo.

Permaneció largo rato inmóvil, reflexionando, dominado por la cólera. Luego, rechinando los dientes, sacó el panzudo revólver de cañón corto y comprobó la carga cartucho por cartucho. Estaba perfectamente dispuesto a meter todo aquel plomo en la barriga de alguien..., alguien que ya tenía nombre y apellidos.

Abandonó el despacho. Eran las nueve menos cuarto.

Demasiado pronto.

Llamó al hospital. No había ninguna novedad respecto a Willy, quien parecía reposar, todavía inconsciente.

Atravesó la avenida y entró en la cafetería del otro lado. Pidió un desayuno completo, y a pesar de que se esmeraron en servirle apenas notó ningún sabor. Todo lo que quería era que el tiempo pasara, porque el furor convertía cada minuto en una hora.

De pronto cayó en la cuenta que no era bueno dejarse arrebatar por la cólera. Uno no puede reflexionar con sentido común dejando que la mente se convierta en un torbellino de ira y odio.

Encendió otro cigarrillo y luchó por apartar de su cerebro a los violadores, al «Jaguar» y a Willy. Lo mejor era concentrarse en el otro caso: la muerte de Boothon Masau.

La conducta de aquel hombre también había sido curiosa, incomprensible. También era incomprensible el suicidio de Herbert Allred si se detenía a pensar en ello.

Así iba bien. Se sintió más calmado, capaz de pensar con ecuanimidad. Siguió por ese camino y una lucecita empezó a brillar en el túnel negro que eran sus pensamientos.

Estaba disponiéndose a dirigirse al teléfono cuando ella se paró a su espalda y murmuró:

—Hola, sargento.

Se volvió en redondo, sobresaltado.

—¡Berenice!

—Me dijeron que te encontraría aquí. ¿Qué pasa esta mañana? Tus hombres tienen cara de funeral..., y la tuya tampoco es un festival que digamos.

Se encaramó al taburete, junto a él. Mike gruñó, sombrío:

—Anoche casi mataron a uno de los muchachos. Ni los médicos están seguros de que se salve.

—¡Oh, Mike, lo siento...!

—Le acuchillaron mientras él andaba loco preguntando por mí..., mientras tú y yo estábamos en la playa.

La muchacha se sobresaltó.

Sanger se encogió de hombros, y su voz era fosca cuando barbotó:

—Son cosas que pasan en este podrido trabajo.

—Lo lamento mucho, Mike, de veras.

—Es algo pasado y que va no tiene remedio. Dime, ¿cómo se te ha ocurrido venir tan temprano a la ciudad?

—Oí hablar a mi tío Gerome. El gobernador llega esta mañana. Entre mi tío y su abogado le pintaron un cuadro muy negro de la policía local... Quería estar aquí, que supieras que seguiré a tu lado pase lo que pase.

—Eres una gran chica.

—Reflexioné mucho después que nos separamos. Tengo la idea de que empieza a cansarme mi vida de parásito de lujo.

—No comprendo una palabra...

—¿Sabes? Hasta ahora resultaba un juego excitante vivir a costa de la tacañería de mi familia. Ya te dije que, a excepción del pobre tío Herbert, todos los demás me detestan. Bueno, ya no lo encuentro divertido. Creo que... que voy a desafiarlos.

—Me parece muy bien. Cada uno debe asumir sus propias responsabilidades.

—¿Responsabilidades? ¡Al infierno con eso! Lo que quiero es fastidiarles y me parece que he encontrado el modo.

—Entonces, no te comprendo.

Ella pidió café solo y esperó a que él le encendiera el cigarrillo. Aspiró el humo y con voz suave murmuró:

—Voy a declarar ante el gobernador si tú me llevas, Mike.

Sanger casi se cayó fuera del taburete.

—¿Estás chiflada o qué? No puedes colocarte contra tu familia de ese modo.

—¡Sí, puedo! Y quiero hacerlo. Voy a declarar la verdad, cómo es cierto que quisieron escamotear una prueba, cómo estaban dispuestos a quemar la carta y cómo se resistieron a tus requerimientos. Eres un oficial de la ley y no podían hacer eso. Lo contaré tal como sucedió, Mike.

Se quedó mirándola sintiendo una profunda sensación de ternura. De modo impulsivo, se inclinó hacia ella y le estampó los labios sobre su boca. Al otro lado del mostrador, el mozo dio un respingo y se quedó boquiabierto.

—Eres un ángel, querida, pero no necesitas colocarte en esa posición tan desagradable con los tuyos.

—¡Pero no quiero que te crucifiquen sólo por...!

—Nadie va a crucificarme, te lo aseguro.

Volvió a besarla con ternura. Sonrió.

—Ahora cambiemos de tema.

Berenice también sonrió, pasándose la lengua por los labios.

—Eres muy convincente, sargento. Hablemos de lo que quieras.

—¿Recuerdas las dos o tres noches anteriores al suicidio de tu tío?

—Claro. ¿Por qué?

—Dime lo que hizo.

—¿Tío Herbert?

—Sí.

Ella arrugó el ceño.

—Bueno..., asistió al hotel Monopole en la presentación de modelos. Se dio una brillante recepción. Eso fue tres noches antes de... bueno, de su muerte.

—¿Con quién asistió?

—Acompañó a mi tía, claro. Yo también fui. No había visto nunca nada tan brillante..., esa gente de Los Ángeles saben hacer estas cosas.

—Pasemos a la noche siguiente, si lo recuerdas.

—Nada, negocios.

—¿Negocios?

—Una reunión de alto nivel o algo así.

—¿Sabes dónde?

—No. Cenó fuera y llamó por teléfono advirtiendo que llegaría tarde.

—Lo mismo que Boothon Masau —murmuró Mike entre dientes.

—¿Qué?

—Nada, olvídalo. Queda la última noche.

—Estuvo en casa.

—Y no parecía nervioso...

—No, que yo recuerde.

—¿Cuándo le viste por última vez?

—A la hora de acostarme. Le di las buenas noches y le dejé en su estudio. ¡Espera...! Recuerdo que cuando cerraba la puerta sonó el teléfono.

Mike cabeceó.

—¿Sabes con quién habló?

—No, claro que no. Cerré y subí a mi cuarto. A la mañana siguiente se mató.

—Claro...

—¿Qué quieres decir con eso?

—Chantaje —dijo Sanger con calma—. Es así de sencillo y no caí en la cuenta hasta ahora... ¡Vaya polizonte que soy!

—¿Chantaje? No puede ser, Mike. Tío Herbert poseía una fortuna inmensa..., hubiera podido pagar sin la menor dificultad, cualquiera que fuera la suma que le pidieran...

—Tu tío era un hombre íntegro, por lo que he averiguado de él. Además, estaba harto de conflictos familiares. Recuerda su carta. No quiso pagar. Quizá incluso se avergonzase de lo que sea que hizo. El caso es que decidió acabar con todo y se mató. Punto. Es lo más sencillo del mundo, lo mismo que el asesinato de Masau.

—¡Pero a Boothon Masau le mataron, no se suicidó!

—Bueno, Masau era de otra madera. Dudó. Incluso vino una primera vez a Jefatura, y cuando hubo parado su coche ante la puerta no se atrevió a confiarse a nosotros. Luego, a la mañana siguiente, encontró la determinación suficiente y decidió denunciar el chantaje... Debió ser así.

—Creo que lo comprendo...

—Por supuesto. O le vigilaban, o cuando le acosaron por teléfono les soltó que iba a denunciarlos a la policía. Así firmó su sentencia de muerte.

Berenice se quedó muda, mirándole asombrada.

Hasta que no pudo contener más su curiosidad y balbuceó:

—Bueno, ¿sabes también por qué quisieron hacerles chantaje?

—Me parece que sí, aunque eso será difícil de probar. Habré de pensar algo. Algo ingenioso si hemos de acabar con semejante pandilla de sanguijuelas.

Dio un vistazo al reloj. Su rostro volvió a nublarse.

—Quiero que te quedes en la ciudad, ya que estás aquí, linda.

—Ya te dije que quiero quedarme hasta que te reúnas con el gobernador.

—Te quedarás hasta mucho después. ¿Lo harás?

—Seguro. Además, si todo esto termina bien voy a dejar que me enseñes ese misterioso apartamento donde seduces a las chicas indefensas que caen en tus manos.

Él hizo una mueca.

—Quizá cuando volvamos a vernos hayas cambiado de opinión. De cualquier modo ha sido hermoso conocerte.

—¡Mike! ¿Qué significa eso?

—Significa que este trabajo, en ocasiones, es ingrato y sucio, porque la sociedad es sucia e ingrata, querida. Significa que si más tarde has cambiado de modo de pensar respecto a mí lo comprenderé perfectamente.

Pagó los servicios y saltó del taburete. Ella le miraba asombrada.

La besó ligeramente en los labios, esbozó una forzada sonrisa y salió apresurado. Berenice le vio atravesar la avenida y estuvo tentada de seguirle y, del modo que fuera, obligarle a aclarar ese misterio que había dejado flotando en el aire.

Mike Sanger entró en su despacho. Buscó un número en la guía telefónica y llamó al hotel Monopole. Un minuto más tarde tenía al detective del hotel en la línea. Le dijo lo que quería y cómo lo quería sin andarse con rodeos y colgó. Luego, salió y atrapó a Dill cuando se disponía a salir.

—Usted, Burges y Stanley, tomen los rifles y vengan conmigo.

Dill dio un respingo.

—¿Rifles?

—Eso dije. Iremos en el auto-patrulla.

Dill se fue trotando.

Minutos después emprendían la marcha a bordo del coche policíaco, rumbo a El Valle.

Las verjas de la residencia Allred estaban abiertas. El coche penetró en el paseo y fue a detenerse delante de la entrada, junto a otros dos que ya estaban allí estacionados. Un chófer de uniforme les miró estupefacto.

Sanger saltó del coche seguido de sus hombres.

—Usted, Dill, a la parte posterior. No quiero que salga nadie de la casa. Ustedes, uno en cada fachada lateral, y si alguien trata de escapar dispárenle a las piernas.

—Oiga, sargento...—empezó a protestar Dill.

—Yo asumo toda la responsabilidad. Rómpanle las piernas a tiros a todo aquel que intente salir corriendo.

—Muy bien.

Los agentes se desperdigaron. El chófer rezongó:

—Usted se ha vuelto loco, hombre. ¿Sabe lo que está haciendo?

—Perfectamente. ¿Dónde está el garaje?

—Allá atrás.

—¿Qué coches hay en él?

El chófer se rascó la nuca.

—Un «Cadillac». Suele utilizarlo la señora. El «Bentley» del difunto señor Allred y el coche del señorito Georges.

—¿Un «Jaguar»?

—Sí, señor.

—¿De qué color?

—Azul claro. Lo acabo de limpiar no hace ni media hora

—Y supongo que lleva la matrícula de Los Ángeles...

—Cierto. El señorito lo compró en Los Ángeles. ¿Por qué?

—Eso es todo, amigo.

Se dirigió a la puerta de la residencia en el momento en que ésta se abría. El abogado Tarkington apareció allí, altivo, cerrándole el paso.

—Creo que su reloj no funciona como es debido, sargento. Dentro de media hora debe estar usted en la alcaldía...

—Hay tiempo de sobra. Apártese de ahí.

—Si no viene usted con una misión oficial, su presencia en esta casa no es precisamente grata. ¿Qué es lo que quiere?

—¡Apártese, botarate!

De un empujón envió al abogado dando tumbos hasta la mitad del vestíbulo. El picapleitos empezó a protestar a gritos, y luego echó a correr detrás de Sanger. Le atrapó cuando éste abría la puerta del salón que ya conocía.

Gerome Allred se volvió en redondo. Su cara se puso roja al reconocer al impetuoso visitante. Luego, detrás del sargento apareció el abogado barbotando amenazas y el millonario exclamó:

—¿Qué demonios significa esto?

Tarkington dijo casi a gritos:

—¡Significa que ese hombre se ha vuelto loco! Nadie puede cometer un atropello como éste y...

Se interrumpió al oír unos pasos apresurados que se aproximaban. Un instante después, un muchacho entró precipitadamente.

—¡Hay policías armados rodeando la casa, tío! —chilló—. ¿Es que vas a permitir...?

Su mirada cayó sobre la cara sombría del sargento y su voz se ahogó.

Sanger dijo:

—Tú debes ser Georges Allred...

—¡Claro que soy Georges Allred! ¿Y qué?

El puño de Mike saltó hacia adelante como una bala. Se estrelló en el mentón del muchacho y sonó un crujido escalofriante. Los pies de Georges se alzaron en el aire y tras dar una voltereta se derrumbó.

El abogado abrió la boca. Ningún sonido salió de ella. Gerome Allred empezó a gritar algo. Sanger se inclinó sobre el casi desvanecido Georges, le atrapó por los cabellos y lo levantó en vilo. Le incrustó el puño en la barriga y el tipejo se dobló. Estaba aún boqueando cuando otro terrible mazazo lo tiró contra la pared con un impacto que hizo retemblar el suelo.

Tarkington saltó sobre Mike, intentando sujetarle. Recibió un codazo

en el estómago y cayó sentado en una butaca dando gritos.

Mike Sanger se inclinó sobre el desvanecido Georges y le revolvió los bolsillos.

Cuando se levantó tenía en la mano una navaja automática. Se volvió rechinando los dientes.

—Si dejan de gritar, quizá se enteren de que ese cerdo degenerado acuchilló a un policía. El policía está muriéndose en el hospital. También puede ser que si prestan atención se enteren de que la otra noche mató a una chica de dieciocho años después de violarla, y de que, antes de todo eso, había violado a otras muchachas ayudado por dos puercos sucios y degenerados como él. Y si siguen prestándome atención, «señor», quizá entiendan que voy a desencadenar tal escándalo con el nombre de Allred, que no encontrarán un agujero en todo el país lo bastante profundo donde esconderse.

Tarkington se quedó helado, con la boca abierta y los ojos desorbitados, Gerome Allred estaba ahora lívido y le miraba igual que si viera al demonio.

Sanger oprimió el resorte del cuchillo automático y la hoja de acero saltó fuera de la empuñadura con un seco chasquido.

La hoja estaba sucia. Tenía manchas parduscas incluso en las cachas de hueso oscuro.

—Ese degenerado debe ser retrasado mental —farfulló, rechinando los dientes—. Ni siquiera limpió el cuchillo. Ni se le ocurrió hacerlo desaparecer. Claro que para un Allred no rigen las reglas de los demás mortales. ¿Cómo iba a imaginar que un desgraciado polizante se atreviera a lo que yo me he atrevido?

Volvió a cerrar la navaja y guardándosela en el bolsillo anunció:

—Voy a detener a ese engendro acusado de cuatro o cinco violaciones, un homicidio en la persona de una chica y un intento de asesinato de un policía. Y rueguen al cielo para que ese policía se salve, picapleitos..., porque si muere, ese pedazo de basura no llegará al tribunal. Será mi despedida de la policía. Y ahora pueden correr a llorarle sus penas al gobernador.

Volvió a atrapar a Georges Allred por los cabellos y lo levantó. El tipo ni siquiera emitió una queja. Con una sacudida, se lo cargó al hombro y abandonó la estancia.

Llegaba casi a la salida cuando los dos hombres reaccionaron y salieron corriendo tras él. El abogado barbotó:

—¡Espere un minuto, sargento!

—¿Sargento? Antes era sólo un polizante.

—Quiero hablar con usted. Vuelva al salón.

Mike se quedó mirándole fijamente, con una peligrosa lucecita en sus ojos acerbados.

El abogado perdió el poco color que le quedaba.

—Por favor —balbuceó a regañadientes—. Vuelva al salón, sargento. Con su carga al hombro, Mike les siguió de vuelta al salón. El abogado cerró la puerta. Con un golpe del hombro, Sanger tiró el cuerpo inerte sobre el diván como si descargara un saco de patatas.

—Hablen, pero rápido. El gobernador les espera a las diez y a mí me aguardan tantos reporteros como pueda reunir.

Hubo un corto y tenso silencio. Tarkington carraspeó. Pero su voz seguía siendo ronca cuando dijo:

—Quiero creer que posee usted pruebas suficientes para respaldar todo lo que ha mencionado antes contra Georges...

—¿Pruebas? ¡Ja, pruebas! Le voy a sepultar debajo de ellas, y además algunas de sus víctimas están impacientes por crucificarle delante del jurado. Y si el policía herido se salva... Bueno, no necesito dibujarle un cuadro de la situación, creo yo. Su testimonio será suficiente.

—Ya veo... Me equivoqué con usted, sargento. Pensé que sólo era un tipo lleno de músculos y rutina. Lo malo es que tiene cerebro y ansias de revancha.

—Nada de revancha. Yo peleo siempre al mismo nivel que mis adversarios. Fueron ustedes quienes convirtieron un sencillo caso de suicidio en un desafío personal.

—Escuche..., asumiré la defensa de Georges, por supuesto, pero hay muchas maneras de llevar este asunto. Sea usted razonable, por favor. Cumpla con su deber, pero... Bueno, de un modo discreto, ya me entiende. Nada de reporteros ni de sensacionalismo. Después de todo, ¿qué gana usted convirtiendo un nombre respetable en pasto de la masa ávida de escándalo?

—Nunca busqué el escándalo.

—Pero ahora va a provocarlo.

—Ciertamente.

—Este... ¿Y si anulamos la denuncia contra la policía, si...?

—Por escrito.

—¿Qué?

Mike enseñó los dientes en una mueca.

—Acudirán ustedes al despacho del alcalde. Allí estará el comisario. Le dirán al gobernador que todo fue una equivocación suya, que la policía de Garden Bay City es la mejor y más correcta del mundo y que le piden disculpas por su desdichada equivocación...

—De acuerdo.

—Y como toda la ciudad habla de esta visita del gobernador, y se están haciendo muchas cábalas respecto a los motivos que le han traído aquí, se ocuparán de que el periódico local publique una nota al respecto. El gobernador ha venido a felicitar a nuestra policía por su correcta y acertada actuación, por ejemplo.

Los dos hombres se miraron, lívidos. Gerome Allred temblaba de ira.

El abogado cabeceó.

—Nos tiene atrapados y lo sabe —refunfuñó—. De acuerdo, sargento. Tiene mi palabra.

Georges empezaba a rebullir, quejándose ahogadamente.

—Cuando haya terminado su reunión con el gobernador, abogado, podrá entrevistarse con esa piltrafa y asesorarle.

De nuevo cargó con su prisionero y abandonó la casa.

Esta vez, nadie le detuvo.

CAPÍTULO XII

El detective del hotel Monopole se llamaba Overbrook, era grande y ancho y su cara de luna llena pocas veces perdía su expresión engañosamente bonachona.

No obstante, cuando recibió a Sanger en su despacho su cara era una máscara colérica y sombría.

—Tenías razón, Mike —dijo entre dientes—. Todo este asunto de los modelos y las fiestas era sólo una pantalla.

—¿Lo sabe alguien, además de tú y yo?

—Hasta ahora, no. Me gustaría que el hotel quedara al margen del asunto, ya sabes. Estoy jugándome el empleo por no haber podido evitar ese sucio asunto.

—Por mí no hay inconveniente. Quiero a los responsables. Todo lo demás será cosa tuya. Expulsarles, tirarlos por una ventana, lo que quieras. Pero los que mataron a Boothon Masau son míos.

—Muy bien, Mike.

—Ahora, cuéntame.

—Ahora que esto ha estallado, recuerdo que me sorprendió el tipo de modelos que se traían. No eran chicas estilizadas, sin nada delante ni atrás. Tenían unos tipos de espanto, como esas nenas que salen fotografiadas desnudas en las revistas «sólo para hombres». Bueno, exhiben modelos como señuelo; pero en cada pase eligen a dos o tres «pichones». Hombres ricos, con familia. Se las arreglan para contactar con ellos y les citan para otra noche. Todo con mucho estilo, mucha discreción, claro está.

—¿Y...?

—He descubierto dos habitaciones preparadas para la sesión. Se comunican entre sí, y tienen montado casi un estudio cinematográfico. Sólo necesitan abrir la puerta de comunicación unas pulgadas, cuando la fulana y su víctima están en la cama, y pueden fotografiarlos tantas veces como quieran.

—Imagino que no habrá mucha luz en esas sesiones...

—¡Claro que no! Pero tienen cámaras capaces de sacar fotos con luz infrarroja.

—Entiendo.

—¿Cómo vas a descubrir quiénes mataron a Masau? Porque una cosa es desmantelar ese tinglado de las fotos, pero lo otro es mucho más difícil.

—Lo haremos a lo bestia, si es que entiendes lo que quiero decir. Overbrook enarcó las cejas.

—Pues no lo entiendo.

—¿Quién maneja todo el tinglado? Debe haber un director, un gerente de las firmas que exhiben modelos, si es que existen esas firmas en

realidad.

—Existen —dijo el detective, ceñudo—. Pero no tienen nada que ver con esta pandilla. En realidad, estos tipos forman una corporación que se dedica a organizar pases de modelos, convenciones, cosas así, ya sabes. Las firmas de costura contratan sus servicios y ellos hacen lo demás; eligen los lugares de exhibición, emplean sus propios modelos y se traen todo el personal auxiliar.

—Entiendo. Bueno, ¿quién es la cabeza pensante?

—Imagino que es el tipo llamado Clairdyce... todo un figurín.

—¿Dónde está ahora?

—No lo sé.

Mike suspiró.

—Averígualo mientras me tomo una copa en el bar. Y para toda esa gente yo no soy policía. ¿Está claro?

—No, pero te seguiré el juego.

—Y tú serás un detective al que se puede comprar, si uno paga lo suficiente.

Overbrook le miró de mala manera.

—Eso ya no me gusta tanto...

—Ni a mí.

Sanger se encaminó al bar, donde pidió un whisky con hielo y esperó.

Diez minutos después, Overbrook se reunió con él.

—Tienes suerte, está en su *suite*, en compañía de la encargada de las modelos dando los últimos toques al desfile de esta noche. Es el último que tienen programado.

—De eso sí puedes estar seguro. No habrá ninguno más.

Apuró el whisky, miró, de soslayo al detective del hotel y refunfuñó:

—No tenemos una maldita prueba, así que habrás de colaborar si quieres dejar al hotel fuera de esto...

—Ya lo imagino. ¿Qué esperas que haga?

Mike Sanger se lo explicó.

* * *

El señor Clairdyce era realmente un figurín. Llevaba ropas «al último grito», era alto y delgado y tenía mucho éxito con las mujeres. Sentado en la butaca tenía la prestancia de un rey en su trono.

Blanche, su jefe de modelos, guardó algunos papeles que habían estado examinando y sonrió.

—Voy a tomarme unas vacaciones —dijo—. Un par de semanas lejos de todo este lío. Lejos.

—Muy bien. Tienes tiempo mientras preparamos las cosas en San Diego.

—Allí habrá que andar con más cuidado, querido. No es un poblacho como éste y...

Oyeron el chasquido en la puerta y los dos se volvieron en redondo. Clairdyce empezó a levantarse estupefacto al ver entrar a los dos hombres.

—¿Qué diablos...?

—¡Cierre la boca! —tronó Mike—. Usted, cierre la puerta.

Overbrook parecía terriblemente asustado. Cerró y dio vuelta a la llave.

Mike volvió a dejar oír su voz:

—Presénteme a esa pareja, Overbrook. Es justo que conozcan a quien va a arrojarlos por la ventana.

Overbrook tragó saliva. Blanche les miraba estupefacta, y en cuanto al figurín tenía la boca abierta y una expresión de absoluto desconcierto.

Al fin, Overbrook balbuceó:

—Bueno..., yo..., este...

—¡Al grano! —rugió Sanger.

—Él es el señor Masau. Hermano del otro señor Masau que apareció asesinado en su coche...

Clairdyce dio un salto. No pudo evitarlo, su rostro quedó tan pálido como la muerte. Contuvo el aliento y cambió una rápida mirada con la mujer.

Sanger dijo rechinando los dientes:

—Creyeron que iban a salirse con la suya. Este era un lugar pequeño, con una policía idiota y unos residentes muy ricos. Bueno, mi hermano me contó la historia, así que no necesitamos perder tiempo. He venido a ajustarle las cuentas, eso es todo.

En su mano apareció un revólver pesado, de cañón corto. Clairdyce emitió un ahogado chillido.

—¿Está loco? Oiga, no sé qué se imagina, pero sí sé que está hablando chino para mí.

—Todo el teatro que le eche al asunto no le salvará. Sé cómo atraparon a mi hermano. Sé lo de las fotos mientras él se revolcaba con una de sus prostitutas en la cama. Supongo que haría bastantes tonterías, ¿eh? Fotos bien detalladas en todas las posturas. Contaron con que era un hombre rico, con familia y responsabilidades, pero no contaron con que tenía un hermano dispuesto a matar para vengarle... Me contó todo el asunto antes de decidirse a acudir a la policía, sólo que ustedes no le permitieron llegar. Bueno, yo tampoco voy a permitir que lleguen ante un jurado. Ya les he juzgado, sentenciado, y ahora voy a actuar de verdugo, porque la sentencia es de muerte.

Blanche jadeó:

—¡No puede hacer eso...! Se... se convertiría en un asesino.

—Ya lo sé, pero tenemos dinero, perra. Mucho dinero, y los mejores abogados del país, además de influencias. Yo saldré a la calle como un héroe que ha vengado a su hermano, pero a los que mataron a mi

hermano los enterrarán.

Levantó el percutor del revólver. El chasquido sonó como una explosión en el denso silencio.

Desde la puerta, Overbrook balbuceó:

—Oiga, señor Masau..., quizá no fueron ellos. Usted dijo que quería matar a los que asesinaron al señor Boothon en el coche..., tal vez no fueron ellos, ¿entiende?

—¡Cállese! Le pago una montaña de dólares, así que cuide la puerta. Lo demás es cosa mía. Si esta pareja dirigen el negocio, ellos le mataron.

Clairdyce sacudió la cabeza. Estaba lívido y empezó a temblar de modo espasmódico.

La mujer susurró:

—Está equivocado. Nosotros no lo hicimos..., no queríamos esa clase de violencia...

—Entonces, ¿quién lo hizo?

La pareja cambiaron otra mirada desesperada

El figurín apretó los labios y sacudió ligeramente la cabeza de un lado a otro.

La mujer también calló.

Mike dijo:

—Muy bien. De cara a la pared. Los dos. Voy a meterles un plomo en la nuca a cada uno.

Dio un empujón a Clairdyce y éste se estrelló contra la pared. La mujer empezó a retroceder paso a paso, la mirada desorbitada y con las piernas sosteniéndola apenas.

No llegó a reunirse con su socio.

—¡Fueron otros! —jadeó—. Ryan y Lamb... le interceptaron con el coche... ¡Por favor, tiene que creerme! Nosotros no hicimos nada contra su hermano...

Mike rechinó los dientes.

—¿Es cierto eso?—le espetó a Clairdyce.

—Sí...

—¿Dónde están ahora esos dos?

—En su hotel..., no se alojan aquí, para evitar que nos relacionen con ellos.

Pareció titubear. Overbrook, detrás de él, murmuró:

—Quizá sea una excusa para librarse, señor Masau...

—¡No! Estamos diciéndoles la verdad. ¡Lo juro!

—chilló Blanche.

—Cuando los haya liquidado, ustedes pueden volverse atrás, con lo que en mi proceso tendría muchas dificultades. No creo que me convenga.

—¡Lo firmaré! —sollozó la mujer—. Haremos lo que quiera... ¡Pero

tenga piedad..., no puede matarnos así...!

—Bueno, si lo declarasen por escrito, ¿eh, señor Masau? Tal vez valiera la pena —sugirió el detective, metido en su papel.

Sanger pareció titubear. Lo pensó durante largo rato y al fin, como a regañadientes, gruñó:

—Está bien, adelante. Pero si han mentido...

El revólver osciló levemente. Era un argumento que no admitía réplica.

La pareja estuvieron escribiendo un buen rato, como si tuvieran prisa por librarse del peso de sus conciencias.

Mike se embolsó las declaraciones firmadas, en las que Overbrook firmó a su vez como testigo. Sólo entonces colocó las esposas al figurín y a Blanche y se los llevó casi a rastras.

Cuando quedó solo, a Overbrook le temblaban las piernas. Sacó un pañuelo y secándose el sudor angustioso que corría por su cara abandonó también la lujosa *suite*.

CAPÍTULO XIII

Hacía un calor pegajoso esa noche. Con los ventanales abiertos, incluso en las alturas del edificio, Mike Sanger maldijo entre dientes la temperatura, su oficio, la solitaria noche y todo el endemoniado papeleo que había sido preciso tramitar antes de dar por finalizados los dos casos que le habían amargado los últimos días.

Fue a meterse bajo la ducha y luego se enfundó sólo los pantalones de un pijama. Conectó su instalación de Alta Fidelidad y dejó brotar la música suave de las cuatro paredes.

Estaba preparándose un gigantesco whisky con hielo cuando llamaron a la puerta.

Gruñendo, dio un sorbo a la bebida helada y abrió.

Se quedó mirando la cara tensa de Berenice, sus ojos azules y profundos y aquel escote increíble que parecía partir por la mitad el ajustado vestido oscuro que llevaba.

—Hola —susurró la muchacha—. ¿Puedo pasar?

Él se hizo a un lado y cerró la puerta cuando ella se hubo internado en el apartamento.

—No me esperabas, ¿eh?

Él sacudió la cabeza.

—No —dijo—. Pensé que no volvería a verte jamás. Incluso creí que cada vez que te acordases de mí sería para detestarme cordialmente.

—No conoces nada de mujeres, querido.

—Eso es cierto.

—Esa bebida tiene buen aspecto...

Corrió a preparar otra para ella. Cuando se la ofreció, Berenice dijo:

—He roto las cadenas, Mike.

—¿Qué?

—Con mi familia. Ya no vivo allí.

—¡Caray! ¿Dónde vives ahora?

—Hasta que encuentre un lugar, aquí.

—Ya veo.

Levantó el vaso. Ella brindó en silencio y ambos dieron largos sorbos a sus respectivas bebidas. Después, Berenice dejó la suya sobre una mesita y susurró:

—Además, estaba impaciente por conocer este apartamento. Enséñame tus trucos, ya sabes; luces que se apagan solas, divanes que se convierten en una cama... Bueno, todo eso.

Mike abandonó también su bebida.

—Sólo tengo un truco —anunció—. La cama. Y te la voy a mostrar ahora mismo.

La levantó en brazos. Antes que diera un solo paso, sus bocas estaban enzarzadas en un combate que en realidad era sólo una escaramuza. El

verdadero combate llegaría después con toda su dulce violencia..., cuando llegaran a aquella cama de que él había hablado. Una batalla en la que él y ella deseaban salir vencidos y vencedores a la vez. Y llegaron, naturalmente.

F I N

Índice

CAPÍTULO PRIMERO

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

CAPÍTULO IX

CAPÍTULO X

CAPÍTULO XI

CAPÍTULO XII

CAPÍTULO XIII